

# **Pedofilia y Psicoanálisis**

## **Conceptos y abordajes terapéuticos**

**Cosimo Schinaia**

**Con colaboraciones de:**

**Paolo F. Peloso,  
Luisella Peretti,  
Franca Pezzoni,  
Clara Pitto,  
Giuseppina Tabó**

# Índice

Sobre el autor y la obra

Agradecimientos

Los colaboradores

Prólogo a la edición italiana de Francesco Barale

Prólogo a la edición española de Luis Jorge Martín Cabré

Presentación de la edición española

El miedo a la pedofilia

La violencia en televisión y en Internet y las actitudes violentas.

Sobre los curas pedófilos

Introducción

## **Capítulo 1 Dinámicas sociales y culturales que favorecen actitudes y comportamientos pedófilos**

La televisión y los videojuegos

La figura social del pedófilo

La banalización de la pedofilia

La confusión de lenguas

El riesgo de actitudes pedofóbicas

Medios de comunicación y pedofilia

Violencia y abuso en los conflictos sociales

## **Capítulo 2 Mito y pedofilia (Cosimo Schinaia y Clara Pitto)**

Observaciones preliminares

Mito y cuento

Los mitos del origen

El niño en los mitos

La pedofilia en los mitos

Zeus y Ganímedes

Historia de Pélope

Layo y Crisipo

Pedofilia y antropofagia

## **Capítulo 3 Cuentos y fantasías pedófilas (Cosimo Schinaia y Franca Pezzoni)**

Teorías sobre el cuento

Cuento y psicoanálisis

Cuentos y fantasías pedófilas

Fantasías pedófilas sexuales

Fantasías pedófilas de tipo oral-incorporativo

## **Capítulo 4 Notas sobre la historia de la pedofilia**

La relación pederasta en la Grecia Clásica

La pederastia en la cultura de los romanos

La pedofilia en la Edad Media

Entre el niño culpable y el niño inocente

## **Capítulo 5 La pedofilia en el pensamiento médico y psiquiátrico (Cosimo Schinaia y Paolo Peloso)**

Richard von Krafft-Ebing y la «Psychopatia sexualis»

La pedofilia en los tratados de psiquiatría

Los “DSM”

Hipótesis etiológicas, curas biológicas y tratamientos cognitivo-comportamentales

## **Capítulo 6 Psicoanálisis y pedofilia**

Notas sobre la perversión

Freud y el abandono de la teoría de la seducción El trauma

La sexualización

Perversión y perversidad

## **Capítulo 7 Contribuciones a la definición y a la tipología de la personalidad y de las conductas pedófilas a través de la novela (Cosimo Schinaia, Paolo Peloso y Giuseppina Tabó)**

La pedofilia *amable*: Aschenbach

La pedofilia *imperial*: Adriano

La pedofilia *infantil*: Humbert Humbert

La pedofilia *hipócrita*: Love

La pedofilia *transgresora*: Stavrogin

El *ogro* pedófilo: Justiniano Duarte da Rosa

La pedofilia como *revancha*: Plenilunio

Amor y muerte en la pedofilia sádica: Gilles de Rais

El tío pedófilo

El pedófilo víctima: el ruiseñor y Lucrecia

Conclusiones

## **Capítulo 8 La relación pedófila**

Observaciones preliminares

El papel de la mirada

Balthus, Caravaggio

Carroll, von Gloeden, Mann, Greuze

La relación con el pedófilo

## **Capítulo 9 Un caso de pedofilia ocasional**

## **Capítulo 10 Un caso de perversión pedófila**

## **Capítulo 11 Un caso de perversidad pedófila (Cosimo Schinaia y Luisella Peretti)**

## **Capítulo 12 El grupo de trabajo (Cosimo Schinaia y Luisella Peretti)**

Bibliografía

## Sobre el autor y la obra

Cosimo Schinaia es psicoanalista y psiquiatra. Es miembro ordinario con función didáctica de la Società Psicoanalitica Italiana y miembro de pleno derecho de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ha sido director del Hospital Psiquiátrico de Cogoleto (Italia), director de las comunidades residenciales de Quarto y director del Departamento de Salud Mental del distrito Génova Centro (ASL3 "Genovese"). Ha dirigido la revista de psiquiatría "La via del sale". Es autor de numerosos artículos científicos. Entre sus libros, *Dal manicomio alla città. L'«altro» presepe di Cogoleto* (Laterza, Roma-Bari 1997); *Il cantiere delle idee. Le feste nell'ex Ospedale Psichiatrico di Cogoleto* (La Clessidra, Genova 1998, republicado por Vecchiarelli, Roma, 2023); *Il dentro e il fuori. Psicoanalisi e architettura* (Il Melangolo, Genova 2014), trad. inglés: *Psychoanalysis and Architecture. The Inside and the Outside*, (Karnac, London 2016, republicado por Routledge, London-New York 2018); *Interno Esterno. Sguardi psicoanalitici su architettura e urbanistica* (Alpes, Roma 2016), trad. española: *Interno Esterno. Miradas psicoanalíticas sobre arquitectura y urbanismo*, (Biebel, Buenos Aires 2019); trad. francesa: *Le dedans et le dehors. La psychanalyse, la maison, la ville* (Parenthèses, Paris, 2024); *Il presepio dei folli. Scene da un manicomio* (Alpes, Roma 2018) trad. española: *El pesebre de los locos* (Biebel, Buenos Aires 2021), trad. inglesa: *Outsider Art and Psychoanalytic Psychiatry: The "Nativity of Fools" at the Cogoleto Psychiatric Hospital* (Routledge, London-New York, 2024); *L'inconscio e l'ambiente. Psicoanalisi e ecologia* (Alpes, Roma 2020), trad. española: *Inconsciente y emergencia ambiental. Reflexiones para una agenda común entre psicoanálisis y ecología* (Biebel, Buenos Aires 2020), trad. inglesa: *The Unconscious and the Environment: Psychoanalysis and Ecology* (Routledge, London-New York 2022), trad. francesa: *La crise écologique à la lumière de la psychanalyse* (Imago, Paris 2022), trad. rusa (Psyllabus, Moscú, 2022), trad. portuguesa (Blucher, São Paulo, 2023), trad. griega (Epekeina, Trikala, 2023).

La primera edición de este libro, *Pedofilia pedofilie. La psicoanalisi e il mondo del pedofilo* (Bollati Boringhieri, Torino 2001), ha sido traducida al inglés (*On Paedophilia*, Karnac, London 2010, republicado por Routledge, London-New York 2018), al español (*Pedofilia pedofilias. El psicoanálisis y el mundo del pedófilo* (El Duende, Madrid 2011), al portugués (*Pedofilia pedofilias. A psicanálise e o mundo do pedófilo*, Edusp, São Paulo 2015), al polaco (*Pedofilia. Psychoanaliza i świat pedofila*, GWP, Sopot 2016), al francés (*Figures de la pédophilie. La psychanalyse et le monde du pédophile*, L'Harmattan, Paris 2017) y al alemán (*Pädophilie. Eine psychoanalytische Untersuchung*, Psychosozial-Verlag, Giesen 2018). Esta edición, *Pedofilia y Psicoanálisis*, ha sido traducida también al ruso (Psyllabus, Moscú 2021) y al griego (Armos, Atenas, 2023).

## Agradecimientos

A Tommaso, Teresa y Margherita, el futuro

Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres  
San Juan 8.23

Un sano desarrollo mental parece depender de la  
verdad igual que el organismo vivo depende del  
alimento. Si la verdad falta o está incompleta, la  
personalidad se deteriora.  
W.R. Bion, *Transformaciones*

Quiero agradecer especialmente a Uliano Lucas su ayuda en la localización de la documentación fotográfica, a Giovanna Terminiello Rotondi nuestras apasionadas conversaciones sobre las obras pictóricas, a Aristo Ciruzzi las sugerencias cinematográficas y a Michel David haberme dado a conocer la novela de Gian Dàuli La rueda.

No me olvido de agradecer, por su atenta lectura y sus consejos, a: Anna Berardi, Stefano Bolognini, Franco De Masi, Jacqueline y Gilbert Dinimant, Marie Antoinette Ferroni, Carlos Fishman, Paola Franciosi, Costantino Gilardi, Gianni Guasto, Joanna Kujawski, Alberto Lampignano, Patrycja Pacyniak y Lucia Wataghin.

Estoy especialmente agradecido a Francesco Barale per su prólogo a la vieja y la nueva edición italiana, a Donald Campbell per el prólogo a la edición inglesa, a Luis Martin Cabré por los prólogos a la vieja y la nueva ediciones españolas, a Luiz Meyer por el prólogo a la edición brasileña, a Zbigniew Lew-Starowicz por el prólogo a la edición polaca, a Sophie Baron-Laforêt per el prólogo a la edición francesa y a Angelika Ebrecht-Laermann por el prólogo a la edición alemana.

He tenido el placer de debatir en público sobre el libro en Italia, Argentina, Brasil, Dinamarca, Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos con Liana Albermaz de Melo Bastos, Laura Ambrosiano, Montxo Armendariz, Claudia Artoni Schlesinger, Francesco Barale, Liliana Barletta, Carole Beebe Tarantelli, Giuseppe Berti Ceroni, Arrigo Bigi, Gudrun Bodin, Stefano Bolognini, Roberta Bomassar, Franco Borgogno, Andrea Braun, Donald Campbell, Domenico Chianese, Rosella Ciliberti, Carmelo Conforto, Franco De Masi, Concha Diez Rubio, Mario Dogliani, Filiberto Donzelli, Antonio Maria Ferro, Elena Fieschi, Carlos Fishman, Alejandro S. Fonzi, Marco Francesconi, Fulvio Gardumi, Annamaria Gatto, Calogero Germanà, Tilde Giani Gallino, Costantino Gilardi, Roberto Goldstein, Gregorio Hautmann, Danielle Knafo, Alberto Lampignano, Javier Lara, Gabriel Levi, Janice Lieberman, Vittorio Lingiardi, Helena Ana Lunazzi, Michele Maggi, Valter Malosti, Mauro Mancia, Francesco Mancuso, Luis Martin Cabré, Emilio Maura, David Meghnagi, Luiz Meyer, Marino Milella, Stefano Mistura, Ambrogio Moccia, Cristina Mondadori, Francisco Muñoz-Martin, Diego Napolitani, Clara Nemas, Enrique Novelli, Brian O'Neall, Andréa Pachá, Elisabetta Paoli, Stefano Pasquato, Domenico Patania, Mario Pennuzzi, Federico Perozziello, Fausto Petrella, Vlasta Polojaz, Gemma Pompei, Agostino Racalbutto, Esther Romano, Paolo Rota Gelpi, Edoardo Sanguineti, Adriano Sansa, Francesco Scapati, Mariella Schepisi,

Michele Schiavone, Dana Scotto di Fasano, Maria Adele Serra, Luciana Sica, Giovanni Smerieri, Roberto Speciale Bagliacca, Ippazio Stefano, Simona Taccani, GiancristoforoTurri, Enrico Varrani, Alfredo Verde, Roberta Zanolli, Cristoforo Zappalaglio y Marisa Zipoli.

Agradezco a Elisa Pardo Vegezzi el esmero de su traducción y por la paciencia que ha tenido conmigo.

Han revisado cuidadosamente el texto en italiano antes de editarlo, y por tanto les agradezco las sugerencias recibidas a: Anna Berardi, Stefano Bolognini, Franco De Masi, Jacqueline e Gilbert Dinimant, Marie Antoinette Ferroni, Carlos Fishman, Paola Franciosi, Costantino Gilardi, Gianni Guasto, Joanna Kujawski, Alberto Lampignano, Patrycja Pacyniak y Lucia Wataghin.

## **Los colaboradores**

PAOLO F. PELOSO, psiquiatra y criminólogo, director de la estructura compleja Salud Mental distrito 9, Departamento de Salud Mental, Unidad Sanitaria Local nº 3 (ASL 3) "Genovese".

LUISELLA PERETTI, Psiquiatra y psicoterapeuta de grupo de orientación psicoanalítica, ha sido directiva del Centro de Salud mental distrito 13, Departamento de Salud Mental, Unidad sanitaria local nº 3 (ASL 3) "Genovese".

FRANCA PEZZONI, psiquiatra y psicoterapeuta de orientación psicoanalítica, ha sido directiva del Centro de Salud mental distrito 11, Departamento de Salud Mental, Unidad Sanitaria Local nº 3 (ASL 3) "Genovese".

CLARA PITTO, psicóloga, psicoterapeuta de orientación psicoanalítica, directiva (del Centro de Salud mental distrito 12, Departamento de Salud Mental, Unidad Sanitaria Local nº 3 (ASL 3) "Genovese").

GIUSEPPINA TABÓ, psiquiatra, directiva del Centro de Salud mental distrito 12, Departamento de Salud Mental, Unidad sanitaria local nº 3 de Génova. Psicoanalista, miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica Italiana.

## Prólogo a la edición italiana

Francesco Barale

¿Qué puedo añadir a las palabras con las que, en 2001, celebraba la publicación de la primera edición de este libro?

En 2001 el libro de Cosimo Schinaia era un texto pionero, al menos en el ámbito psicoanalítico y psicopatológico. Ya por entonces estaba bajo los focos el fenómeno *pedofilia*, pero a la execración general y al clamor mediático (que a menudo estaban teñidos, además de por la inquietud, por una escandalizada curiosidad que ya hacía prever hasta qué punto iba a ser difícil abordar el fenómeno con seriedad) no se oponía, excepto en poquísimas excepciones, una auténtica reflexión científica sobre la psicopatología (o mejor, las diversas psicopatologías), ni sobre las dinámicas y el mundo interior del pedófilo.

Desde entonces, la atención sobre este fenómeno ha seguido creciendo y además han aparecido importantes aportaciones, con las que Schinaia (que entretanto se ha convertido en una reconocida referencia internacional en el tema) dialoga y se confronta en esta nueva edición.

En su introducción Schinaia subraya que su trabajo y el de sus colaboradores sigue manteniendo el carácter de investigación *in progress*, de la que ya apunta posibles profundizaciones: las diferencias, desde el punto de vista psicopatológico, entre pedofilia e incesto, la pedofilia femenina, las diferentes declinaciones de la pedofilia en relación con los niños, las niñas, los adolescentes.

Fiel a esta idea de una investigación abierta, que no tiene pretensiones sistemáticas ni de exhaustividad frente a una cuestión tan compleja, Schinaia rechaza con elegancia la definición de “auténtico tratado sobre pedofilia” que yo le había otorgado en 2001. El hecho de que el estudio de Schinaia está en continua evolución se ratifica con creces en *Pedofilia y Psicoanálisis*. La profundización temática y el estrechísimo diálogo que Schinaia entrelaza de forma continua, a lo largo del tiempo, con todas las aportaciones más significativas surgidas sobre esta cuestión, desde los diferentes puntos de vista que la abordan, se conducen, como en la edición precedente, con un sentido profundo de la complejidad y de la heterogeneidad de este fenómeno.

Considero que, desde este punto de vista, el trabajo de Cosimo Schinaia es un modelo de disertación, precisamente porque marca las coordenadas geográficas en las que se encuentran los conocimientos sobre este tema, áspero y complicado, sin omnipotentes pretensiones de exhaustividad, investigando de una forma no apresurada ni reduccionista, utilizando múltiples saberes, pero sin caer tampoco en el ensamblaje o en una pura acumulación ecléctica de los diferentes puntos de vista y de las variadas hipótesis explicativas: porque a través de la lupa del psicoanálisis y de la psiquiatría psicoanalítica, Schinaia teje una incesante labor de enlace y recomposición de fondo entre estos diferentes puntos de vista e hipótesis. Volveré más tarde sobre las características de esta labor de enlace, porque en esta labor interdisciplinar entran en juego cuestiones importantes.

Por todos estos motivos, y a pesar del propio autor, mantengo de todos modos para esta obra mi definición de “tratado”, en el sentido más noble y antiguo del

término *tractatus*. De esta edición quiero destacar dos detalles, aparentemente marginales, de la Introducción. El primero es el exergo: la cita de la célebre frase de *El atormentador de sí mismo* de Terencio: *Homo sum; humani nihil a me alienum puto*. El segundo es el íncipit: el antiguo recuerdo infantil del autor, de cuando intentaba “corromper” seductoramente la voluntad de su madre y el antiguo refrán popular con el que la madre, sonriendo, le respondía.

De esta forma, al comenzar su complejo recorrido de reflexión sobre una cuestión tan terrible, lo primero que hace Schinaia es citarse como testigo. Muestra, sin duda alguna, un notable arrojo. ¿Qué tiene que ver con la pedofilia un recuerdo, en el fondo, tan inocente? No sólo tiene que ver (con todas las enormes matizaciones necesarias), sino que marca un planteamiento de fondo para el libro. Dicho de otra forma, tanto el exergo como el íncipit contienen ya una toma de postura firme: no se puede entender realmente nada de este sobrecogedor fenómeno (o al menos de su vertiente “interna”) si se limita uno a execrarlo “desde el exterior”, como algo simplemente monstruoso o ajeno, una teratología del ser humano, expresión de un “mal puro” que no tiene nada que hacer con nuestra humanidad común. Si, junto a su destructividad intrínseca, no somos capaces de reconocer en él también otros aspectos, más o menos presentes en otras organizaciones, en algún grado o forma de integración (o de no integración), otras huellas, en las que se han apoyado los aspectos destructivos hasta desmoronarlas de formas terribles.

El libro entero, por tanto, se abre al lector manifestando abiertamente un planteamiento, por decirlo así, clásicamente continuista y freudiano: existe alguna clase de continuidad entre la experiencia perversa (incluida la horrible pedofilia) y la vida psíquica de todos nosotros. La conciencia de esta continuidad (que no elimina en absoluto las distinciones) es un prerrequisito no sólo para la comprensión, sino también para cualquier auténtico (y difícilísimo) recorrido terapéutico con estas experiencias. En las riquísimas partes clínicas, Schinaia intenta, en efecto, adentrarse en los tortuosos trayectos y en las formas particulares que el amasijo de eros y destructividad ha emprendido en las organizaciones pedófilas.

Es obvio que afrontar el fenómeno bajo esta óptica implica cuestiones colosales de contratransferencia. ¿Cómo es posible, por parte del terapeuta, soportar el impacto de historias y mundos tan repugnantes? ¿Cómo es posible que la escucha no entre en cortocircuito con la simple condena, asegurarse de que la oleada de indignación, o incluso de asco, no acapare todo el campo, impidiendo cualquier movimiento de empatía y de consonancia, no tanto con el mal de aquellas experiencias (¿realmente es posible alguna vez una empatía con un mal de esta clase?) sino más bien con las demás posibilidades, también en el mismo mundo del pedófilo, que ese mal ha prevaricado, impedido, destruido?

Lo que es cierto es que, en cualquier caso, si el horror prevalece, si sentimos aquellas experiencias como completamente ajenas, como expresión directa de un mal puro respecto al cual no es posible ninguna combinación freudiana con aspectos libidinosos (esas combinaciones en los que habitualmente se expresa la destructividad), frente al que no se puede imaginar ninguna anastomosis freudiana que pueda absorberlo, canalizarlo, o mitigarlo, y por tanto no se da ninguna posibilidad de tratamiento psicoanalítico verdadero, sino solo una condena, que paradójicamente replica y amplifica, en la escisión que está implícita en cualquier actitud moralista, precisamente la carencia de integración que está en el origen de los problemas.

Cosimo Schinaia describe en varias vertientes, en las partes clínicas de este libro, este difícilísimo trabajo. En él, los confusos conglomerados de antiguas huellas traumáticas, de las modalidades omnipotentes y perversas usadas para sortearlas, pero también de necesidades infantiles que logran encontrar alguna clase de expresión sólo a través de la transgresión clandestina, son desagregados con paciencia, pero como lo hace un psicoanalista, no de formas abstractas y puramente cognitivas, sino a través del contacto, muy nítido, con antiguas vivencias, no sólo revisitadas son ritualizadas en una especie de dimensión intermedia, una tercera área mental que pertenece a ambos, alimentada por un “reconocimiento” consonante, a través del cual se pueden ir reagregando, y poco a poco iluminando, al menos parcialmente, áreas de clandestinidad de la mente, y se puede dar inicio a una transformación.

El lector psicoanalista encontrará especialmente interesantes las partes clínicas del libro. En ellas, este trabajo es descrito con todas sus dificultades contratransferenciales, en toda su precariedad, en su vacilante adentrarse por recorridos contradictorios en áreas de clandestinidad (del paciente, pero también del analista) por lo general de arduo acceso y de múltiples, y no unívocas, funciones, pero que para ser visitadas (y para evitar el riesgo de transformar la clandestinidad en activo profugismo), en todo caso requieren una difícil capacidad para “dosificar” la iluminación, para evitar luces deslumbrantes (incluidos los faros interpretativos), para renunciar a las excesivas prisas por separar el bien del mal. Hace muchos años, en una colaboración con Nino Ferro (1996) habíamos propuesto, como una dimensión añadida, que en la relación analítica requiere especial cuidado y habilidad en la dosificación, además de las meltzerianas de temperatura y distancia, precisamente la “iluminación”.

Un trabajo complicadísimo, por tanto, para el que hay que dotarse de posiciones mentales contratransferenciales extraordinarias, además de una combinación, aunque parezca un oxímoron, de firmeza ética y maleabilidad. Al proceder en esta dirección, Schinaia se adentra en las peligrosas vertientes de las hipótesis reconstructivas, e incluso etiológicas, pero también en este caso de una forma muy crítica, sin superponer esquemas a las historias específicas individuales, haciendo siempre emerger los aspectos constructivos-reconstructivos del entramado transferencial/contratransferencial que los ritualiza y vivifica (y que, en conjunto, hace posible una potencial transformación).

Pero la vertiente de la intervención psicoanalítica directa es sólo uno de los aspectos de interés de este libro que, como decía, ha nacido de la experiencia clínica de varias personas, no sólo psicoanalistas, sino también psiquiatras, médicos especialistas en medicina legal y psicólogos, y por tanto de una prolongada militancia de trabajo en los lugares en los que las psicopatologías personales y los “síndromes psicosociales”, por usar la acertada expresión de Giuseppe Di Chiara, diariamente se entrecruzan y se manifiestan, además de una meditación y una reflexión multidisciplinar que se ha prolongado durante años, y que está destinada a seguir siendo una referencia importante en el debate sobre el tema.

La extensión de la literatura y lo vasto de los aspectos tratados, no sólo clínicos sino sociales, culturales, históricos y mitológicos, en el intento de comprender el variado mundo de las pedofilias, muestra la amplitud del intento de Schinaia y de sus colaboradores. La valiosísima aportación bibliográfica ya de por sí constituye un inapreciable instrumento de trabajo.

Aún así, esta obra se presenta explícitamente como una obra psicoanalítica, o al menos unificada desde el vértice psicoanalítico, animada por la convicción de que el psicoanálisis es un instrumento valioso, aún más, según Schinaia el “único dispositivo” que puede permitir que el debate sobre estos temas escape del *impasse* y de las brutales simplificaciones que lo hacen miserable. El único capaz de alimentar una comprensión psicopatológica más articulada y menos burdamente “global” de los diferentes, muy diferentes, comportamientos pedófilos, superando el entramado entre horror, ocultamiento y justificacionismo.

Comprensión ésta que, siendo más cuidadosa, es obviamente también la base para la elaboración de cualquier estrategia de intervención que no se desarrolle en grandes oleadas emotivas. Comprensión que, en general, en la intención del autor, podría quizá favorecer una consideración colectiva del fenómeno menos brutalmente proyectiva, evitando por una parte la ceguera, la infravaloración y la arbitrariedad, y por otra los tan frecuentes tonos histéricos de caza de brujas con los que de vez en cuando la cuestión explota en los medios. Merece la pena dedicar algunas palabras a estos aspectos.

Como psicoanalista, Schinaia advierte con acierto la sutil coexistencia con el difamado fenómeno, la incapacidad de enfrentarse seriamente con él que se adivina en las hipérboles indignadas y en los *macarthismos* antipedofilia. También señala cómo el fanatismo de los caza-abusos profesionales, unido al oportunismo de individuos y organizaciones, corre el riesgo de generar una mezcla peligrosa que puede alimentar otros abusos (contra acusados no culpables y sus familias), que se sumarían a los abusos pedófilos, añadiendo cada vez con más frecuencia una tragedia a otra. Por mi experiencia personal en el ámbito psiquiátrico, psicoanalítico y en medicina legal, me inclino a pensar que se trata de un fenómeno casi tan extendido, y ciertamente tan grave, como los casos reales de abusos perpetrados.

¿No será precisamente éste otro síntoma de la incapacidad social para afrontar de verdad y seriamente, de manera no primitiva, la cuestión? ¿No será otra forma de dejarse arrastrar al violento campo proyectivo que hace de aureola al fenómeno? ¿No será precisamente “la otra cara” de la pedofilia?

Dejando aparte otros casos mucho más trágicos, prefiero citar esta pequeña anécdota: hace algún tiempo ingresó, custodiado y con gran despliegue policial, un anciano, dulce y aturdido psicótico crónico; uno de esos productos de las “desinstitucionalizaciones” de hace veinticinco años que ahora vagan sin hogar por nuestras ciudades<sup>1</sup>. Habiendo encontrado refugio provisional en un cobertizo cercano, tenía la costumbre de pasar las mañanas, al sol, en los bancos de enfrente de un colegio. Desde allí observaba, con aspecto encantado y una leve sonrisa, el ir y venir de los chiquillos, imágenes de una vitalidad jocosa admirada y lejana. Rodeado e inmovilizado por un grupo de madres enfurecidas (el periódico local recogía a toda plana: “Madres antipedofilia evitan raptos y facilitan arresto de pedófilo”), y entregado a las fuerzas del orden, fue llevado al hospital como alternativa a la cárcel. Alguien le diría que, como pedófilo, debería “someterse a un largo tratamiento” si no quería acabar en prisión. Un largo tratamiento quería decir para él poder estar calentito, en ese módulo acogedor, cuidado por enfermeras y residentes bonitas, a cama hecha y

---

<sup>1</sup> NdT: El autor hace referencia a la Ley de Reforma Psiquiátrica L-180 de 1978, y otras leyes y reglamentos que han permitido en Italia el difícil regreso a la sociedad civil de muchas personas que permanecían internadas en centros psiquiátricos, un proceso que se llamó “deistituzionalizzazione”.

comida servida en la mesa. Como no podía ser menos, nuestro héroe empezó a reivindicar tenazmente su identidad de “pedófilo”: “Soy un pedófilo de verdad, soy un pedófilo...” declaraba inmediatamente, con cierta preocupación, cada vez que alguien le preguntaba para tratar de aclarar su trayectoria. Era el salvoconducto mágico que le proporcionaba un status importante y el impagable derecho a permanecer allí.

“¿Pedófilos? ¡A por ellos!”, diríamos parafraseando a Flaubert en el “Dictionnaire des idées reçues”.

¿Es posible por tanto un discurso menos pasional y más articulado, sobre un tema que suscita inmediatamente tanto horror y disgusto, que pesca en las áreas ciegas de individuos o comunidades, alimentando soluciones precipitadas? En el primer capítulo, Schinaia se pregunta si la pedofilia es efectivamente un fenómeno en expansión o solamente está siendo más tratado, o si existe en la actualidad una sensibilidad más aguda en comparación con otras épocas y contextos culturales. Evidentemente, se habla mucho del tema, y en general muy mal. El clamor mediático que acompaña a la pedofilia, con toda su aureola de histerismos colectivos y de creación de monstruos, está profundamente en consonancia con el silencio y la omisión; es el exorcismo del mal que no se quiere ver y da testimonio de en qué medida el tema se presta a expresar una inquietud profunda que tiene que ver con las identidades de los grupos sociales y la ruptura de los pactos y los vínculos transgeneracionales, tan bien garantizados antaño por la fuerza de los símbolos colectivos. O al menos aparentemente garantizados, porque la pedofilia, como por otra parte todas las perversiones, siempre ha existido.

Pero, sin duda, en el marco de la inquietud contemporánea, de la diseminación e inestabilidad de los recorridos de construcción de las identidades y de los sujetos, del esfumarse, junto con los vínculos, raíces y cuadros simbólicos colectivos, de la distinción misma entre virtual y real (“el delito perfecto”, como la llamó Jean Baudrillard), la pedofilia por una parte asume un valor emblemático, “es” el “daño” que se teme y se advierte en el acto en la cadena generacional, y por otra quizá se facilita, porque esas formas inestables y difuminadas en la formación de las identidades se prestan ampliamente a alimentar la expresión no integrada de las componentes sádicas y narcisistas de la psicosexualidad.

Schinaia, gracias también a la generosa contribución de sus colaboradores, con un atento y cuidadoso proceso desarrollado a través de múltiples vértices de observación, confía por tanto al psicoanálisis la tarea de reformular conceptualmente el problema, empezando por la noción misma de “pedofilia”, que resultará, al final del recorrido, ampliamente descompuesta en cuadros y configuraciones muy diferentes, desde el punto de vista tanto psicopatológico como psicodinámico.

Tarea en ciertos aspectos singular ésta que Schinaia atribuye al psicoanálisis, la de abonar el discurso sobre la pedofilia, si tenemos en cuenta cómo el mismo psicoanálisis, que nace del abandono de la ingenua teoría directamente traumática y de la reconsideración del trauma dentro del cuadro más complejo del desarrollo de la psicosexualidad infantil y de su particular temporalidad, ha sido *in toto* acusado de pedofilia por parte de sus moralistas primeros detractores. Es decir, de ser ella misma la perversión y la enfermedad que pretendía curar, maligna y turbia envilecedora de la inocente imagen de la infancia.

En este sentido, el libro trata de afrontar diversas cuestiones fundamentales. Empezando, obviamente, por el trauma psíquico. Trauma devastador provocado por el

abuso, trauma que, a veces, se reproduce a sí mismo y reproduce sus propios escenarios en la psicología del abusador.

La cuestión del trauma involucra, como es sabido, la historia entera del psicoanálisis. Es un verdadero "*shibboleth*" del psicoanálisis, como se ha dicho. Pero sus vertientes son complejas y resbaladizas, tanto como fáciles y frecuentes son sus desviaciones. Desde un punto de vista teórico, la forma en que Freud encara la complejísima cuestión del "trauma" constituye aún hoy un modelo de capacidad de aunar y atar entre sí todas las vertientes de la cuestión, entre biología, realidad externa y mundo interior. Modelo abonado posteriormente por la noción del continuo constituirse y reconstituirse (*Nachträglichkeit*) del mundo interior y de la experiencia psíquica, respecto al cual el traumatismo pre-psicoanalítico de retorno, actualmente tan de moda, no puede más que aparecer francamente regresivo, fenómeno típicamente de crisis, de oscilación pendular tras el prolongado cierre endogámico del psicoanálisis mismo.

¿Es, sin embargo, convincente, en definitiva, este libro en su propósito de mostrar cómo la percepción y la cultura psicoanalítica pueden ayudar a escapar del entramado entre repulsión y colusión, y a meditar más seriamente sobre el fenómeno? Diría que sí, pero precisamente en la medida en que, a menudo a sabiendas, a veces indirectamente, evidencia además de la riqueza también la problemática y los límites de la contribución psicoanalítica al tema.

No me refiero sólo a los límites terapéuticos, de sobra sabidos y reconocidos en estos casos, o al modo equilibrado con el que, junto a Paolo Peloso, Schinaia reconoce la utilidad potencial de intervenciones biológicas y técnicas cognitivo-conductuales, sino que recuerda al mismo tiempo cómo cada intervención técnica puede ser útil siempre que se desarrolle en un marco de atención a la individualidad y a la complejidad de la personalidad de cada pedófilo, sobre el fondo por tanto de una atenta comprensión tanto psicopatológica como psicodinámica.

Me refiero sobre todo a la estructura global del libro, que da fe de la convicción del autor de que una buena reflexión psicoanalítica no avanza por las "vías breves", como las llamaba Paul Ricoeur, de la iluminación endogámica, sino que requiere la paciencia de desviarse y atravesar, para volver a sí misma de forma no tautológica, otros ámbitos discursivos y científicos, otros vértices de observación, con atención y respeto a los cuadros colectivos y a la "realidad".

Me complace, en esta actitud indagadora de Schinaia, imaginar el rastro de la enseñanza psiquiátrica y psicoanalítica de Dario De Martis, en cuya gran escuela Schinaia se formó hace años.

El éxito de esta actitud crítica no podía ser otro que la descomposición de la genérica noción de "pedofilia" y su rearticulación, con significados diferentes, en el ámbito de organizaciones mentales y psicopatológicas diferentes. El comportamiento pedófilo, en definitiva, frente a un análisis más cuidadoso se presenta como un epifenómeno de funcionamientos mentales a lo largo de un arco que abarca desde la normalidad hasta graves patologías psicóticas o del carácter, pasando por el retraso mental, los cuadros de demencia e involutivos, las organizaciones más o menos gravemente perversas, los cuadros de descontrol de los impulsos.

En definitiva, como ha dejado en evidencia recientemente también Capri en el hermoso libro *La problematica attuale delle condotte pedofile*, de Bruno Callieri y Luigi Frighi (1999), que Schinaia toma ampliamente en consideración, la pedofilia no es una

entidad nosográfica, sino un síntoma referible cada vez a estructuras y organizaciones muy diferentes entre ellas y que asume por tanto, en el interior de las mismas, valores y significados dinámicos muy diversos.

La comprensión de estructuras y organizaciones psicopatológicas y personalógicas, y del valor dinámico que el síntoma pedófilo asume dentro de ellas, es una vía para plantear seriamente, también en sentido terapéutico, la cuestión de las pedofilias, sin duda más rica que las simples distinciones de los niveles de "gravedad" que, en su ateoreticismo, propone el DSM.

Por tanto la psicopatología se ve enriquecida e iluminada por la psicodinámica. Pero la psicodinámica necesita asimismo de la psicopatología.

Se reabrirla aquí, queriendo, una cuestión radical que el libro de Schinaia roza sólo indirecta e implícitamente, y a la que puedo por tanto hacer solamente una pequeña referencia: se trata de la recuperación de las relaciones que ha perdido ampliamente la psiquiatría psicoanalítica, por una parte con la comprensión psicopatológica, y por otra con los conocimientos que provienen del desarrollo de la moderna neurobiología de la mente.

Algunos decenios de psiquiatría psicodinámica triunfante habían creado la ilusión de que pudiese edificarse una psiquiatría psicoanalítica autosuficiente, con una psicopatología propia. No era así al principio; baste sólo con pensar en el finísimo diálogo con la psicopatología bleuleriana en formación que en origen está presente, explícita o implícitamente, en los primeros trabajos psicoanalíticos en temas de psicosis, los de Karl Abraham de 1907 y 1908, en los que el problema de la relación entre historia del sujeto, historia de las experiencias traumáticas e historia de las experiencias psicopatológicas, se plantea como un campo que entra en tensión, pero dentro del cual ningún término llega a "explicar" o simplemente a reducir a sí mismo al resto. O baste pensar en el genial modo en que pocos años después Víctor Tausk, en su ensayo sobre la "máquina de influir" retoma el clásico tema, en la psicopatología europea, de las experiencias de Gemacht; o en la prudencia metodológica con la que entonces se cuidaban mucho de tratar las configuraciones psicodinámicas de las experiencias psicopatológicas como hipótesis etiológicas, como causas.

Ese diálogo en ciernes, con todo el arco de las cuestiones que conllevaba, fue interrumpido enseguida. Se llegó así, especialmente en los países anglosajones, a una psiquiatría psicoanalítica a menudo ingenuamente psicogenetista y sin psicopatología, una psicopatología sin psicodinámica y una psiquiatría organicista sin ninguna de las dos. Grandes lecciones, como la de Jaspers, o en otros sentidos la de Kurt Schneider, fueron sumariamente liquidadas y banalizadas, como si el inconsciente funcionase como marco cognitivo, la noción de "límite" de Jaspers fuese un simple deslumbramiento contratransferencial, la psicogénesis de todo estuviese al alcance de la mano y la psicosis estuviese allí, preparada para revelar a los iluminados sus enigmas con la condición de un pequeño desvío de miradas y de perspectiva. El constitucionalismo y las geniales intuiciones de Kretschmer, tan modernas y precursoras, en cierto modo incluso tan ricas de implicaciones psicodinámicas, con su interés central en la experiencia basal del cuerpo (piénsese solamente en todo el desarrollo actualísimo de la biología de los temperamentos y de la biología de esos estilos de afecto que no tienen sin duda sólo una vertiente basada en la experiencia), fueron liquidados como un residuo positivista.

En el vacío del diálogo precozmente interrumpido con la psicopatología, por una parte, y con el desarrollo de la investigación biológica y empírica por la otra, la psiquiatría psicoanalítica de los decenios triunfantes ha construido así su edificio. Una construcción en tantos aspectos gloriosa y actual (al menos por la sacrosanta atención constante al entramado entre experiencias psicopatológicas, modo relacional e historia del sujeto) pero cimentada en bases frágiles. La confusión cada vez más intrincada entre configuraciones psicodinámicas y etiologías, entre sentido y causa, entre origen de las experiencias psicopatológicas y niveles psicodinámicos cada vez más primitivos que en ellas podían entrecruzarse, entre psicopatología e historia (reconstruida o, la mayoría de las veces, simplemente hipotizada, y es por desgracia bien conocido el poder de autoconfirmación que las hipótesis psicoanalíticas pueden tener), ponía así en la psiquiatría psicoanalítica las premisas (al menos las debidas a la propia fragilidad interna) para su sucesivo declive y para su actual vertiginosa pérdida de influencia en la psiquiatría contemporánea.

Desde este punto de vista es sin duda interesante que en una obra de psiquiatría psicoanalítica se entrevea el interés, aunque sea sólo de pasada, hacia una confrontación con algunos aspectos de la psicopatología (menos con los desarrollos de la moderna psicobiología). Me refiero, por ejemplo, a la forma en que Schinaia recoge, en el intento de articular el campo de las pedofilias, la clásica distinción entre “perversión” y “perversidad” propuesta por Henry Ey en el 13º de sus “Etudes psychiatriques”, siguiendo las transformaciones que el problema propuesto por Ey ha adoptado más tarde en autores como Kernberg, Meltzer o, recientemente, De Masi y Balier. Sin duda es oportuno además el replanteamiento, en este contexto, del tema de la sexualización.

Ciertamente, el intento de ofrecer una comprensión y modelos psicodinámicos convincentes, sobre todo de las pedofilias más graves, las más impregnadas de destructividad sádica o narcisista, deja abiertas muchas cuestiones.

La comprensión psicodinámica parece, como siempre, más capaz de entrever las vicisitudes de algunos desarrollos fundamentales de lo humano, más bien genéricos, presentes en estas psicopatologías como en muchas condiciones diferentes, psicopatológicas o no, que de delinear recorridos específicos.

Desde el punto de vista etiológico, además, típico terreno de “automalentendido científico” del psicoanálisis, por citar a Habermas, la construcción-reconstrucción de las vicisitudes internas de las historias personales individuales, siempre que sea posible, deja en general ampliamente intacto el sentimiento de un cierto misterio sobre el por qué, a partir de esas condiciones que en general no poseen nada de específico, se hayan desarrollado precisamente esas historias, esas evoluciones, y no cualquiera de las múltiples otras posibles.

Las *défaillances* en la transformación a través de la “*rêverie*” del flujo de los elementos beta en alfa, o la fragilidad del Self, o los procesos de identificación narcisista, no tienen ningún nexo específico con el problema de la pedofilia. Se reencuentran, del mismo modo, en la historia y en el funcionamiento mental de muchísimas otras patologías y de muchísimas otras normalidades: en pedófilos, personas con disfunciones alimentarias, neuróticos, psicóticos, normales, normopáticos, psiquiatras, psicoanalistas...

En definitiva, una buena revisitación crítica de las pretensiones etiológicas y autosuficientes del discurso psicoanalítico (que efectivamente, en mi opinión no es

nunca un discurso etiopatogénico) no sería nada mala para el psicoanálisis, y probablemente reforzaría la percepción del valor de la construcción-transformación de las vicisitudes internas que consiente esta disciplina, limpiando el campo de numerosos equívocos.

En torno a estas cuestiones de fondo se mueve, implícitamente, la última parte del libro. En ella se hacen notar y se ponen útilmente en el punto de mira muchos problemas, quizá más de aquellos a los que se puede dar una solución. Pero, a juzgar por el entramado general, creo que estaba precisamente en las intenciones de esta obra, en la que está presente y fuerte el sentimiento del límite de los instrumentos y de la complejidad del objetivo, y que precisamente por ello nos ofrece preciosos instrumentos de enriquecimiento de nuestra capacidad de comprensión.

En este contexto crítico resaltan algunas afirmaciones de peso (todas las perversiones y las perversidades tienen un origen defensivo, todo comportamiento destructivo tiene siempre sus raíces en experiencias traumáticas.); afirmaciones que me parecen, en realidad, altamente problemáticas, pero que constituyen sin duda un aspecto importante y significativo de la perspectiva propuesta por el autor.

Como he tenido ocasión de escribir en otras ocasiones, el problema de las graves perversidades y de las graves perversiones es, en efecto, uno de los que más directamente nos llevan al corazón, pero también a los límites, de nuestra disciplina. Este texto, es más, este "tratado" sobre las pedofilias (Schinaia me perdonará...), nos acompaña con cariño, inteligencia y competencia a través de estos lugares intransitables.

## Prólogo a la edición española

Luis J. Martín Cabré

He aceptado con sumo placer escribir esta nueva presentación de un libro que considero muy especial y que en estos últimos años se ha convertido en un punto de referencia ineludible a nivel internacional para todo aquel que quiera aproximarse a este argumento de manera científica. Lo es por el autor, un psicoanalista riguroso, profundo, abierto y dispuesto como todos los genoveses a explorar y descubrir nuevos confines. Lo es también por el tema, la pedofilia que es un argumento que pareciera resistirse a ser abordado, a ser pensado e incluso a ser hablado en las discusiones científicas, en los congresos y en las contribuciones escritas. Pero ¿Por qué motivos?

Por muchas razones, como el lector irá descubriendo a lo largo de sus páginas, el libro de Cosimo Schinaia, escrito en colaboración con un completísimo equipo de colaboradores expertos, es uno de esos libros que el mundo de nuestra disciplina necesitaba desde hace muchos años. Y es un libro además en el que no sobra ni un solo párrafo, en el que parecería que hubiera podido incluirse todos los grandes asuntos que rodean esta inquietante modalidad psicopatológica.

*Pedofilia y Psicoanálisis. Conceptos y abordajes terapéuticos* ofrece una amplia introducción en la que el autor profundiza los temas del significado del miedo a la pedofilia y de las dificultades para afrontarla terapéuticamente, de la brutalidad con la que aparece tanto en las imágenes televisivas como en internet y de la especificidad del fenómeno pedófilo en la Iglesia católica. Todos los capítulos del libro han sido revisados y actualizados con respecto a la primera edición y además se ha añadido un nuevo capítulo, el noveno, en el que se describe un caso de pedofilia ocasional y se propone el concepto de clandestinidad psíquica. Tal como afirma el autor,

El narcisismo perverso puede encubrirse detrás de una coloración clandestina que el analista identifica contratransferencialmente a través de una sensación de misteriosa opacidad relacionada con una escisión del sentido y una perversión del significado. La fantasía secreta del pedófilo de ser una excepción, es sustituida por una certeza incuestionable e incensurable a la que el analista tiene que someterse incondicionalmente siguiendo el axioma de "O todo o nada".

Este breve pasaje nos permite aproximarnos a las intensas y difíciles turbulencias características de la relación transfero-contratransferencial con el paciente pedófilo de manera cruda y no edulcorada.

Como el autor pone de manifiesto a lo largo de su profundo y dilatado recorrido histórico, social y cultural, la pedofilia es una manifestación que no ha dejado de manifestarse desde la antigua cultura greco-romana hasta la Edad Media y que ha continuado su azote en los últimos siglos de nuestra civilización. Ha sido objeto de preocupación en el mundo de la antropología, de la medicina, de la mitología, de la sociología, del derecho y de la cultura. En los últimos años, además, su protagonismo ha alcanzado aspectos inquietantes al haberse descubierto prácticas pederastas en

personas pertenecientes a entidades educativas o religiosas aparentemente intachables o fuera de toda sospecha.

En los primeros capítulos del libro el autor examina exhaustivamente diferentes aspectos relacionados con la pedofilia. Aborda, por ejemplo, los aspectos sociales y culturales que rodean el mundo del pederasta y la dificultad para construir una cultura que respete la integridad del niño. Como el autor nos señala parecería que la publicidad, la información y un compulsivo recurso al consumismo unido al uso ilimitado de la pornografía, alimentan la idea de que no es permisible limitar la gratificación sexual absoluta y se postula la identificación de la transgresión con una expresión de libertad. ¿No se inscribe en este ámbito el uso incontrolado y facilitado a la pornografía infantil?

Después desarrolla un recorrido apasionante sobre la cuestión de la pedofilia en la mitología en la que se narran explícitamente conductas pederastas como las de Zeus con Ganimedes, Tántalo con Pélope o Layo con Crisipo. Y es interesante constatar que igual que en el caso de las narraciones mitológicas en las que los niños objeto del interés de los dioses terminan o bien asesinados o bien inmortalizados, pero siempre obligados a paralizar su desarrollo, también en las víctimas de los pedófilos se produce la imposibilidad de crecer psíquicamente de manera adecuada. De igual manera se detiene también el autor en otra modalidad narrativa presente en nuestra cultura como es la de los cuentos infantiles. En "Piel de asno" de los hermanos Grimm o en los más conocidos como el de "Caperucita Roja", "la Bella durmiente del Bosque", o "Pinocho", entre otros, aparecen formas de pedofilia apenas disimuladas.

Los dos capítulos siguientes se ocupan también de dos aspectos indispensables para el abordaje de la pedofilia: su propia historia y su abordaje en el campo de la medicina y de la psiquiatría. De nuevo el autor hace un recorrido profundo y exhaustivo sobre estos dos vectores indispensables para la comprensión general del fenómeno pederasta.

Sin embargo, el interés de este apasionante libro alcanza, desde mi punto de vista, su mayor brillantez al afrontar de manera decidida, documentada y bien fundamentada el abordaje de la pedofilia desde la óptica estrictamente psicoanalítica.

Aunque Freud insistió a lo largo de toda su obra en el riesgo de no tener en cuenta suficientemente la realidad de los abusos sexuales a los niños por parte de los adultos y su importancia en la génesis de los trastornos psíquicos, sin embargo, el abordaje de los aspectos relacionados con el funcionamiento mental del pedófilo y de la víctima del pedófilo no ha sido suficientemente afrontado, por no decir ignorado de manera casi absoluta durante muchísimo tiempo dentro del psicoanálisis. Y resulta ser una paradoja extraordinaria.

La paradoja consiste en que el tema de la pedofilia reúne y propone el desafío de establecer las conexiones que se pueden constatar entre dos conceptos clásicos de la teoría psicoanalítica que no suelen aparecer entrelazados, el del trauma y el de la perversión.

Ambos conceptos han configurado, por separado, centenares de artículos y de aportaciones que sería casi imposible enumerar. Sin embargo, no es habitual abordar la conexión entre ambos conceptos porque parecerían pertenecer a universos diferentes. El mundo de la perversión se referiría bien a una estructura psíquica organizada asentada en el concepto de fijación si la entendemos como una modalidad psicopatológica bien delimitada o bien si se prefiere abordar el campo de las

modalidades perversas de funcionamiento psíquico, nos encontraríamos ante un mecanismo defensivo suplementario dentro de una estructura neurótica. En cualquier caso, nos encontraríamos ante un espacio esencialmente *intrapsíquico*, definido pulsionalmente, dotado de un componente narcisista incontenible generador de un tipo de fantasías en las que el objeto pierde la más elemental dignidad.

El trauma, por el contrario, a partir sobre todo de la aportación de Ferenczi aparece como una invasión en el yo del objeto de la pasión o de la locura del amor o del odio, de otro. Es el campo de lo *interpsíquico*, del intercambio entre el inconsciente de la víctima y del agresor.

Y, sin embargo, algo parece que tuvieran que ver ambos escenarios. Si recorremos las peripecias de la fantasía masoquista de "Pegan a un niño" ¿no sentimos la tentación de incluir junto al anhelo amoroso del niño que se esconde detrás de la excitación que suscita la fantasía del castigo, la repetición de una experiencia traumática comprometida y entremezclada con todo el componente pulsional y erotizado? ¿Hasta qué punto la repetición no se configura como un concepto clave para vincular algunas de las características esenciales del funcionamiento perverso del pederasta con la dinámica del trauma? ¿No se configura una dinámica de este tipo en la relación del pedófilo tanto con su propio mundo interno como con su víctima?

De esta ampliación metapsicológica, es en parte responsable la recuperación de la teoría traumática y las consecuencias clínicas consiguientes que estableció Ferenczi desde 1928 hasta su muerte y los desarrollos posteriores que de ella se derivaron y que concebía la vida psíquica gestándose en un campo intersubjetivo, en un encuentro entre la pulsión y el objeto.

En este aspecto se sitúa, en mi opinión, uno de los ejes esenciales de la reflexión psicoanalítica sobre la pedofilia. Todas y cada una de las modalidades pedofílicas, entendidas como un desafío ético de la vida sexual, señalan una relación fallida con el otro en cuanto sujeto de deseo y de placer. Si atendemos a los aspectos defensivos de la pedofilia, incluso en sus modalidades más aparentemente intrapsíquicas, podemos profundizar, como hace magistralmente Schinaia, en la raíces traumáticas que dan vida a la personalidad perversa del pedófilo, tales como "*la acumulación de microtraumas repetitivos, las comunicaciones familiares patógenas, las separaciones prematuras o los abandonos*" y en consecuencia alejarnos de "*hipótesis innatistas*" que favorecen desarrollos literarios o filosóficos pero escasamente terapéuticos.

Volviendo a la relación entre la perversión pederástica y el trauma, el autor sugiere la hipótesis de que las relaciones de objeto perversas, y las pedofílicas en modo especial, serían maniobras defensivas ante ansiedades catastróficas e intolerables. El núcleo de la estructura pedofílica residiría por tanto en la defensa extrema ante la angustia de separación y el dolor a la pérdida y el rechazo a resolver los conflictos inconscientes relacionados con ellas. Y, en efecto, un gran número de autores contemporáneos consideran la organización mental del pedófilo, tanto hombre como mujer, es la consecuencia de defectuosos o incluso inexistentes procesos de identificación derivados de una difícil, perturbada o incluso imposible desidentificación de una imagen materna preedípica, peligrosamente nociva y omnipotente que ha adquirido su virulencia ante una serie de experiencias de carácter traumático.

Sin embargo, no se podría deducir que exista una ecuación lineal entre trauma sexual y origen de la pedofilia. Seguramente la infancia de muchos pedófilos no ha sido marcada por experiencias de abuso sexual. Lo traumático no puede identificarse prevalentemente con una acción lesiva violenta, sino sobre todo con una presión psicológica, seductora y autoritaria del adulto sobre el niño que produce un efecto de descalificación y desmentido de las representaciones y pensamientos del niño, de su percepción de independencia y de autonomía y su sentido de identidad personal y sexual. Se trata, en definitiva, del ejercicio abusivo de una violencia y de un poder que ataca el pensamiento y que desmiente todo deseo propio y toda alteridad.

A este argumento, dedica el autor la última parte del libro. ¿Cómo se puede abordar, si se puede, el tratamiento de un pedófilo? ¿Qué dificultades transferenciales y contratransferenciales se suscitan al establecer un proceso de escucha del mundo interno de alguien capaz de acarrear tanto daño y sufrimiento a una víctima inocente? ¿Qué interferencias se derivan del contacto con el mundo de la ley y de la justicia? ¿Qué dinámicas perversas, de engaño, de trampa, de mentira, de mala fe, de destrucción, puede poner en marcha un paciente de estas características en la relación transferencial y repetir así su juego devastador con su analista? Resuenan aún en mi mente las reflexiones recientes de D. Campbell en la sede de nuestra Asociación sobre su trabajo con un paciente pederasta.

Si algunos traumas de naturaleza sexual, impidiendo el desarrollo de la capacidad de gozar, abren el camino a las inhibiciones sexuales, a la frigidez y sobre todo a las fantasías y al placer sadoomasoquista, otros traumas más próximos al no reconocimiento como persona de la víctima expoliada de toda su identidad, desgarran el sentimiento de confianza en el mundo y el espacio transicional que permite sentirse en armonía con los demás, ser portador de deseos y de proyectarse en la vida a través de un mundo interno denso de pensamientos y emociones. Cuando un niño se siente sistemáticamente desmentido y negado en sus pensamientos y cualidades, su mundo emocional y afectivo se resiente en su totalidad. Tiene que conciliar su anhelo expectante de unos padres suficientemente buenos con la desmentida realidad de no haber encontrado reconocimiento a su amor. En torno a un niño herido y privado de un mundo emocional compartido puede estructurarse un adolescente aparentemente normal pero detrás del cual se esconde una persona que no dispone de un campo emocional libre y confiado y en quien la experiencia traumática inelaborada destruye la posibilidad de percibirse como una persona íntegra. Y he aquí el comienzo de la estructura mental que caracteriza la mente del pederasta.

Confío que la lectura de este libro pueda aportar muchas ideas y reflexiones a todos aquellos profesionales de la salud mental que se han acercado o pueden hacerlo al mundo interno de este tipo de pacientes. Tal vez la escucha y la reflexión de la relación entre el trauma y la pedofilia puede permitirnos pensar que el psicoanálisis seguirá teniendo siempre la oportunidad de aportar su voz y todo el bagaje de su teoría y situarse como una alternativa a las alternativas habituales para este tipo de pacientes

## Presentación de la edición española

*Homo sum; humani nihil a me alienum puto*

Terencio

Recuerdo que cuando era un niño y quería con vehemencia algo de mi madre, intentaba seducirla con mi vocecita persuasiva y con actitudes tan cautivadoras como insistentes. Ella, tras una débil negativa inicial, reaccionaba sonriendo y recitándome un antiguo refrán: “cuando el diablo te acaricia, el alma quiere”. Era la señal de su rendición incondicional a mis pretensiones. Si el niño no es sólo el infante angelical, la capacidad de la madre para contener todos los sentimientos y las emociones con una sonriente operación de integración en la propia mente puede permitirle expresarse, a través de las atractivas formas de la seducción, para conseguir lo que quiera.

Aunque no todos somos pedófilos, cada uno de nosotros posee la capacidad de corromper los propios objetos de amor, que es exactamente lo que tienden a hacer los pedófilos. No sólo quieren el cuerpo del niño, sino también su alma, como hemos comprobado en nuestra experiencia clínica. Pero sabemos también que sólo si somos capaces de reconocer nuestras seducciones infantiles, los intentos de corromper nuestros objetos de amor, podemos advertir en nuestra contratransferencia los sentimientos del pedófilo para intentar reconocer, y comprender, el uso confuso e indebido del lenguaje infantil, la falta de respeto a su especificidad, la perversa traducción de ese lenguaje en comportamientos que se vuelven inmediatamente violentos y obscenos.

La publicación de la primera edición italiana de este libro (*Pedofilia Pedofilias, el psicoanálisis y el mundo del pedófilo*) se remonta al año 2001, mucho antes de que el fenómeno de la pedofilia ocupara las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo. Desde entonces el interés, tanto por el fenómeno social que se define como “pedofilia” como por la patología relacionada con las conductas pedófilas, ha ido aumentando también en el mundo psicoanalítico. En el congreso IPA (International Psychoanalytical Association) de Nueva Orleans, en 2004, se organizó un panel sobre el tema *Paedophilia, Its Metapsychology and Place in Contemporary Culture*, en el que participé junto a Carlos Fishman y Luiz Meyer. En el Congreso IPA de Rio de Janeiro de 2005, una de las ponencias principales, defendida por Luiz Meyer, se dedicó al tema *Trauma and Paedophilia*, y se organizó el panel *Violence traumatique et sexualisation dans la pédophilie*, en el que participé con Franco De Masi, Alain Gibeault y Luiz Meyer. En 2011, *On Paedophilia*, la edición inglesa de este libro (2010), fue ampliamente debatida por Gudrun Bodin, Brian O’Neill y yo mismo en la sección *Meet the author* del Congreso de la EPF (European Psychoanalytical Federation) de Copenhague. Entretanto, se han sucedido libros y nuevas aportaciones: Charles Socarides e Loretta Loeb (2004), André Ciavaldini (2006), Franco De Masi (2007), Donald Campbell (2008a), Cosimo Schinaia (2011).

Coincidiendo con este renovado interés científico, desgraciadamente no han faltado las noticias que confirman la persistencia del fenómeno pedofilia. Sin embargo, tengo que constatar que las modalidades con las que se ha tratado el asunto en los

medios de comunicación siguen siendo confusas y dan lugar a confusión, por lo que parece aún más necesario afrontarlo con interés científico y sensibilidad relacional, sin dejarse avasallar por fáciles rechazos emotivos, pero también sin actitudes excesivamente -y cínicamente- desapegadas.

*Pedofilia Pedofilias* ha sido definido por Francesco Barale, en su culta y halagadora presentación a la primera edición italiana, como un tratado sobre la pedofilia. Aunque comprendo las razones que han llevado a Barale a expresarse en este sentido, entre otras la de poner en evidencia el intento de colmar una auténtica laguna científica sobre un tema tan candente y subrayar lo vasto de las temáticas a las que se enfrenta, tengo dificultades para reconocerme en dicha definición, en la medida en que he concebido *Pedofilia Pedofilias* como la propuesta de una ruta de investigación, como un *work in progress*, un texto cambiante y en movimiento, con características que se alejan de la sistematicidad y la fijeza propias de un tratado, que en ciertos casos puede ser un peligroso lecho de Procustes que tiende a encasillar, nivelándolos y allanándolos, fenómenos únicos en su especificidad.

Algunos temas apenas tratados, y cuya urgencia de profundización se ha puesto de relieve en los diferentes foros en los que se ha presentado y discutido el libro, como las diferencias psicopatológicas entre pedofilia e incesto, la consistencia de la pedofilia femenina y las características que la diferencian de la masculina, además de las diferencias existentes entre la relación pedófila con el niño y el adolescente, o con el niño y la niña, merecerían sin duda una exploración más profunda. Para estos temas me remito a futuros trabajos.

He aprovechado la ocasión para completar la bibliografía y para aclarar ulteriormente algunos conceptos y reflexiones, por ejemplo, sobre la diferencia entre pedofilia ocasional y pedofilia habitual.

En esta nueva presentación me detendré principalmente en tres aspectos, que aunque ya han sido tratados, necesitan una mayor profundización.

#### **a) El miedo a la pedofilia**

En septiembre del 2001 el ministerio francés de Asuntos de Familia hacía público un estudio según el cual la pedofilia era el principal motivo de inquietud de los franceses. En diferentes capítulos de este libro se estudian las dinámicas comunicativas que han hecho que, con ayuda de los medios, el pedófilo se convierta en el *untore*<sup>2</sup>, el hombre lobo de nuestros tiempos. La caza de brujas, el énfasis mediático, ha permitido concentrar proyectivamente las luces de los focos sobre el fenómeno pedofilia, permitiendo la negación de microfenómenos subyacentes, como la desatención y la desresponsabilización en lo que se refiere a los niños, una cierta infantolatría cultural, la no aceptación del paso del tiempo y en consecuencia de los desfases generacionales. Creo sin embargo que sería útil detenerse sobre algunos aspectos etológicos en los que podría basarse el miedo a la pedofilia y que entran necesariamente en resonancia con los aspectos defensivos anteriormente citados.

Sigmund Freud (1925b, p. 2872) indica: “La existencia intrauterina del hombre es más breve que la de los animales, siendo así echado al mundo menos acabado que éstos. Con ello queda reforzada la influencia del mundo exterior real”. Freud considera este largo periodo de dependencia infantil, debida a la condición de *Hilflosigkeit*, es

---

<sup>2</sup> NdT: Untore: Quien, durante la peste de Milán del siglo XVII, era acusado de propagar la enfermedad ungiendo las casas con misteriosas pomadas venenosas.

decir de premadurez biológica, con la correspondiente angustia de desprotección, que exige necesariamente al pálido del hombre un largo periodo de asistencia por parte del adulto, como el origen de la propensión humana hacia la neurosis<sup>3</sup>.

Las teorías freudianas parecen estar en sintonía con el pensamiento del anatomista holandés Louis Bolk (1926), que describe el fenómeno de la “fetalización”, que defiende que las características somáticas del hombre son rasgos fetales que se han convertido en permanentes. Lo que en el proceso evolutivo de los monos era un estado transitorio, en el hombre se ha convertido en el estadio final del crecimiento. De esto deriva el retraso o la inhibición de su desarrollo. No hay ningún mamífero que crezca tan lentamente como el hombre, ni que tarde tanto tiempo, desde su nacimiento, en convertirse en adulto. Bolk concluye que, dado que el desarrollo está tan postergado, los progenitores deben ocuparse de los pequeños fetos durante años (mientras los demás animales los abandonan relativamente pronto).

Las afirmaciones de Freud y Bolk han sido corroboradas por investigaciones más recientes.

Algunos eminentes paleontólogos, como Stephen J. Gould (2002) y Richard E. Leakey (1994), han revelado que el hombre presenta evidentes neotenas, es decir características morfofuncionales típicas del período juvenil que persisten en la edad adulta. Por ejemplo, nuestra especie, debido a la hipertrofia del volumen craneal y teniendo que enfrentarse a una limitación anatómica insoslayable –el diámetro del canal del parto- ha emprendido el camino del parto prematuro. En consecuencia, el volumen craneal de un neonato es alrededor del 20% del de un adulto, mientras en los primates antropomorfos (chimpancé o gorila, por ejemplo) la relación es del 50%. Para el hombre se puede hablar de desarrollo encefálico diferido (Boncinelli, 2000).

En todo caso, tanto si se acepta la teoría de las neotenas como si se la considera lejos de estar demostrada, el hecho es que los individuos de nuestra especie llegan más inmaduros al momento del nacimiento y requieren por tanto un repertorio más amplio de cuidados parentales que las otras especies antropomorfas. Además, los individuos se desarrollan en un intervalo de tiempo mayor y, en consecuencia, su período de socialización es sensiblemente más largo. De ello se deriva en los adultos una tendencia (apetencia) a proporcionar cuidados, y en el niño se asiste a un desfase entre la posibilidad de desear y la incapacidad de satisfacer ese deseo. Según esas teorías, el hombre sería un virtuoso de los cuidados paternos, pero por inevitable consecuencia sería particularmente sensible a las formas inmaduras, o sea vulnerable (apasionado) a la fascinación del cachorro (Marchesini, 2001, 2002).

Los pequeños nacen predispuestos a buscar la protección de los adultos, que son fundamentales para la consecución de esa sensación de seguridad que ha permitido a la especie humana sobrevivir e imponerse, como se defiende en la teoría del apego de John Bowlby, confirmada por recientes estudios en Neurobiología que muestran cómo, específicamente en la corteza orbitofrontal, están activados los circuitos cerebrales que favorecen los vínculos de apego, y cuya maduración depende de hasta qué punto los vínculos con los padres llegan a ser positivos y tranquilizadores.

---

<sup>3</sup> Geza Róheim (1934, p. 224) escribe: “Nos convertimos en hombres porque permanecemos por un tiempo tan prolongado en una condición infantil”. Nietzsche amplía el concepto de incompletud infantil en *Más allá del Bien y del Mal* (1886, p. 62) y define al hombre como un “animal aún no fijado”, es decir un animal no codificado por los instintos y, por tanto, en continua evolución.

Jean Laplanche (2002) sitúa la asimetría adulto-niño entre los constituyentes de la situación fundacional de la identidad humana, definida por él como la situación antropológica fundamental. Ciavaldini (2006) pone en evidencia lo radical de esta asimetría, en la que el niño se encuentra en un estado de total dependencia respecto al ambiente, y el adulto resulta ser el representante de este ambiente en un estado de poder total respecto al niño. El crimen pedófilo refleja la imagen perfecta de esta escena: la víctima ocupa el lugar del *infans* y el criminal el lugar del adulto.

La pedofilia representaría la transformación perversa de las competencias paternas para ofrecer cuidados a los cachorros, por lo que la repulsa hacia el pedófilo y sus actos no sería, basándose en estas teorías, solamente una actitud de tipo cultural y moral, sino un reflejo instintivo específico de la especie para la protección y la conservación de la especie humana. En este sentido, precisamente partiendo de la constatación del carácter universal de algunos miedos, Freud había empezado por realizar la hipótesis de un posible origen filogenético, residuo de las vivencias primitivas de la humanidad en que se encontraba, como el pequeño recién nacido, en una situación dramática de impotencia y desconcierto. La “naturalidad” de la actitud antipedófila y en consecuencia la intrínseca antinaturalidad de las conductas pedófilas, pueden hacernos entender (pero sin duda no justificar) la tendencia de la mayoría de los terapeutas a no tratar a los pedófilos y las sucesivas racionalizaciones de dicha actitud de resistencia.

Estudios antropológicos transculturales sobre el papel del asco (Rozin y otros, 2008) evidencian que esta emoción, en relación con la percepción olfativa, tiene su origen en el rechazo a la incorporación oral de objetos dañinos. Karl Marx (1841) ya afirmaba en su tesis doctoral que la repulsión es la primera forma de autoconciencia, con lo que concedía espacio al valor del movimiento de rechazo con la finalidad de preservarse a sí mismo. Freud en *Introducción al Psicoanálisis* (1915-17), en *Inhibición, síntoma y angustia* (1925b) y en *El malestar de la cultura* (1929) considera en cambio el asco como una formación reactiva relacionada con los deseos genitales<sup>4</sup>. Valerie Curtis (2011; 2013) establece el origen de la repugnancia en la prevención de los parásitos, y subraya que las mujeres tienen un umbral del asco más bajo que los hombres, y que las mujeres embarazadas, que deben protegerse más que ninguna de las infecciones y enfermedades, sienten repugnancia más fácilmente que las demás. En los seres humanos, sin embargo, dada la complejidad de su vida emotiva y social, la respuesta de asco ha ido ampliándose y alejándose de su función original preventiva, para manifestarse con el tiempo como una respuesta defensiva de rechazo hacia objetos o sustancias percibidas peligrosamente como ajenas a sí mismo (Miller S. B., 1986, 1993), incluyendo por tanto a los que son designados como fuera de la norma (en este caso, los pedófilos).

---

<sup>4</sup> Freud en *Lecciones Introductorias al Psicoanálisis* (1915-17, p. 2350) escribe: “Aquello que en épocas anteriores fue para el individuo una satisfacción, despierta hoy su repugnancia”. También en *Inhibición, Síntoma y Angustia* (1925, p. 2834) indica: “el síntoma defensivo de la repugnancia (...) se inicia originariamente como reacción ulterior al acto sexual pasivamente soportado, y surge después concomitante a la idea del mismo”. Por último, en *El Malestar de la Cultura* Freud (1929, p. 3043) señala: “la adopción de la postura bípeda y la desvalorización de las sensaciones olfativas habrían amenazado con hacer víctima de la represión a la sexualidad entera (y no sólo al erotismo anal) de manera que desde entonces la función sexual es acompañada por una resistencia inexplicable, que impide su satisfacción plena y la impulsa, lejos de su fin sexual, hacia sublimaciones y desplazamientos de la libido”.

## **b) La violencia en televisión y en internet y las actitudes violentas**

Un estudio publicado en Science (Johnson y col., 2002) contradice el lugar común según el cual la violencia en televisión influye sólo en los niños. La investigación pone en evidencia los efectos negativos que ejerce también sobre adultos jóvenes. Además, hace plausible la hipótesis de que es la televisión la que hace violentos a los jóvenes, y no los jóvenes agresivos los que ven preferiblemente espectáculos televisivos violentos. Citati (2002) ha escrito que la televisión mata la rapidísima fantasía analógica del niño, su arremolinado poder de abstracción lógica, el sentido del humor, de la paradoja, del absurdo, de lo insensato, el don de saber mirar otros mundos, de pertenecer a otros mundos. Johnson y sus colaboradores de la Columbia University y del Instituto Psiquiátrico del Estado de New York han ido más allá de las, sin duda compartibles, valoraciones subjetivas del escritor italiano y han hecho un seguimiento a 707 niños, desde adolescentes a adultos, constatando que los adolescentes acostumbrados a pasar una hora o más delante de la pantalla en horario de máxima audiencia se dejaban arrastrar, alrededor de los veinte años, a actos violentos contra otras personas. La relación entre tiempo dedicado a ver la televisión y conducta violenta sigue siendo significativa si la comparamos con otros factores que favorecen uno u otro comportamiento, como las conductas agresivas precedentes, la baja renta familiar, la falta de cuidados por parte de los padres, o la presencia de trastornos psiquiátricos. Según este estudio, el comportamiento agresivo más común entre los chicos es la violencia física, mientras en las chicas aparecen también el robo y la amenaza. Sólo el 5,7 % de los jóvenes que han visto televisión menos de una hora al día ha cometido actos violentos en los años siguientes, frente al 28,8 % de los que lo han hecho durante más de tres horas.

Craig A. Anderson y Brad J. Bushman (2002) de la Politécnica de Iowa, en relación con los datos del trabajo de Johnson y colaboradores, han comentado que la gente no parece comprender plenamente el peligro representado por la violencia en televisión. Con la relación entre violencia televisiva y violencia juvenil se repite -según los dos autores- el mismo esquema que en la relación fumar-cáncer: la vinculación entre cigarrillos y tumores sigue siendo cuestionada hoy en día, es decir mucho tiempo después de que la comunidad científica haya demostrado su existencia más allá de cualquier duda razonable.

Otra investigación de la Universidad de Michigan (Rowell Huesmann y otros, 2003) y publicada en *Developmental Psychology*, la revista de la American Psychological Association, ha reexaminado a 329 chicos y chicas, ya veinteañeros, que habían sido objeto de un estudio en 1977, cuando tenían entre seis y diez años. Los resultados han demostrado que la contemplación de espectáculos televisivos violentos por parte de los niños, su identificación con personajes agresivos del mismo sexo y la percepción de que la violencia en televisión es real, son eventos conectados a actos de agresividad realizados en su etapa de adultos, tanto hombres como mujeres, independientemente del grado de agresividad inicial, de las capacidades intelectuales, del status social de la familia (medido sobre la base de la educación y a la ocupación de los padres) y de la agresividad de los padres mismos.

El estudio ha demostrado además que, si los padres ven y comentan los programas con sus hijos, parecen reducirse los efectos de la violencia televisiva sobre el niño, probablemente porque se reduce su identificación con la persona que protagoniza el hecho violento.

En este sentido, Bruno Bettelheim (1985) ha mantenido un punto de vista crítico con los abominadores de la televisión, ya que considera que niños y muchachos sienten la necesidad de disponer de un material sobre el que basar sus fantasías de agresividad y de revancha, para poder activar sus sentimientos de hostilidad sin hacer daño a sus padres.

Con que un adulto responsable le sirva de guía es suficiente para que no exista prácticamente ningún programa de televisión con el que el niño no pueda aprender muchas cosas. Ni siquiera son una excepción los espacios que contienen escenas de violencia, con tal de que el niño no se sienta tan a la merced de la angustia o la cólera como para ser avasallado por aquello a lo que asiste. (ibid., p. 176)

Si Bettelheim se tuviera que enfrentar a la atrocidad de algunas imágenes que hoy en día se emiten en televisión, y aún más en Internet, es probable que considerara una revisión de sus optimistas afirmaciones.

Según un estudio presentado por Yang Wang y sus colegas de la Escuela de Medicina de la Universidad de Indiana en la conferencia anual de la Radiological Society of North America de 2011, los videojuegos violentos inducen transformaciones a largo plazo en el funcionamiento cerebral. Pidieron a once hombres, con edades comprendidas entre los 18 y los 29 años, que dedicaran diez horas diarias, durante una semana, a jugar a un videojuego especialmente violento. A continuación, les solicitaron que, durante la siguiente semana, se abstuvieran totalmente de jugar. A otros once sujetos, usados como muestra de referencia, se les pidió que no jugaran nada durante esas mismas dos semanas. Al término de este periodo, se midió la actividad cerebral de los 22 sujetos, a través de una resonancia magnética, mientras completaban dos clases de test: uno para medir su respuesta emotiva frente a palabras violentas, y otro para calibrar su capacidad de autocontrol. La resonancia magnética demostró que, en los sujetos expuestos al videojuego, la actividad en la parte inferior izquierda del lóbulo frontal y en el área del córtex del cíngulo anterior eran inferiores a la de los sujetos de referencia. Estas dos áreas del cerebro controlan la respuesta emotiva a la violencia y a la agresividad. Lo que indica que los que habían dedicado muchas horas a jugar eran más propensos al ejercicio de la violencia. Según los investigadores, no se trata sólo de un dato psicológico, sino de una alteración cerebral estable que se puede medir desde el punto de vista científico.

A pesar de su heterogeneidad, todas estas investigaciones y reflexiones confirman con fuerza las hipótesis desarrolladas en diferentes momentos a lo largo de mi libro, pero pienso que será útil extender más allá el campo de las observaciones.

Quiero subrayar un riesgo específico de inducción por parte de los medios sobre la constitución del escenario perverso, que sin duda tiene un origen personal e individual, conectada a una peculiar dramatización y “reparación” maniaca del trauma original, pero que es al mismo tiempo inducible.

Por ejemplo, Internet no es sólo un espacio que nos ofrece nuevos recursos en términos de creatividad y posibilidad de relacionarnos, sino que en ocasiones se propone como un instrumento para la visualización de los aspectos más sombríos y

menos integrados de la personalidad del sujeto<sup>5</sup>. Se ofrece, así, al usuario como un área imaginativa compleja, un teatro casi onírico, casi delirante, no sólo bueno y contenedor, sino a veces arriesgado y peligroso.

Las nuevas tecnologías han hecho posible crear y habitar universos enteros de experiencia, desligados de las dimensiones materiales y concretas, delinear espacios entre la mente y la realidad, amplificar y extender facultades psíquicas y sensoriales, hasta tal punto, que se ha definido este nuevo espacio como “tecnología de la mente o psicotecnología” (De Kerckhove 1995).

Estas nuevas tecnologías, funcionando a veces como verdaderas y propias prótesis psíquicas, pueden conseguir expandir, de forma casi ilimitada, las dimensiones de una experiencia que es virtual, pero al mismo tiempo realista, abriendo así nuevos campos para la experiencia y el funcionamiento mental que no pueden sino llamar la atención de las disciplinas que se ocupan de la mente. La tecnología virtual, desdibujando la diferencia entre lo objetivo, lo subjetivo y lo ilusorio, actúa inevitablemente en un sentido transformador sobre nuestra modalidad de pensamiento. La realidad virtual transforma las categorías de espacio y tiempo, las conexiones y condiciones sobre las que se construye nuestra subjetividad; en consecuencia, nuestras ideas respecto a la realidad deben ser continuamente revisadas, desde el momento en que la realidad virtual, como dice Umberto Eco, “finge ser más real que la realidad misma” (Guerrini Degli Innocenti, 2011, p. 652).

Para algunos pacientes, el uso de Internet podría cumplir el cometido de dar expresión y formulación a los conflictos inconscientes, mostrando partes de sí mismo que, de otro modo, permanecerían en la sombra. (Berlincioni e Bruno 2012)

En algunos casos clínicos de pacientes adictos a la visualización de imágenes pornográficas infantiles, pude constatar la ausencia de una vía de identificación y subjetivación debido a una ceguera real por parte de los cuidadores, a veces también en relación con abusos sexuales sufridos en la infancia y/o adolescencia. La ausencia de un contenedor afectivo favorece una predisposición a una visión sin participación afectiva, en la que la excitación sexual sólo puede producirse en presencia de un objeto inanimado y deshumanizado, como objetivados y "no vistos" se sentían estos pacientes. En un caso, se pudo observar una verdadera adicción a Internet, con la presencia de síntomas depresivos y un comportamiento compulsivo caracterizado por la comprobación constante de las nuevas fotos publicadas en las redes sociales. Se trataba en su mayoría de escenas de escolares en poses eróticas, fotografiados por adultos. La erotización perversa parece ser la única estrategia posible como sustituto

---

<sup>5</sup> A finales de 2020, una investigación periodística puso en evidencia las alarmantes dimensiones que la pedofilia y la violencia sexual han adquirido en Internet. El 4 de diciembre, el periodista Nicholas Kristof publicó en el diario *The New York Times* el artículo *The children of Pornhub*, en el que hace un estremecedor relato sobre numerosos casos de chicas adolescentes que habían sufrido abusos sexuales, y habían sido grabadas sin su consentimiento en vídeos que se subían libremente a la plataforma de vídeos Pornhub. Se trata de la mayor distribuidora pornográfica del mundo, que canaliza más del 60% de la pornografía mundial, y que hasta entonces se jactaba de tener un control estricto sobre la legalidad de todos sus contenidos. La investigación de Kristof demostró que no sólo no imponía ninguna clase de filtros, sino que era incapaz de retirar con garantías los vídeos manifiestamente ilegales. Tras el escándalo producido por el artículo, las compañías Visa y Mastercard anunciaron que dejarían de permitir a Pornhub el uso de sus servicios. Puesta contra las cuerdas, la plataforma se comprometió a bloquear aquellos vídeos que no cumplían ni siquiera el requisito mínimo de identificar al remitente. Tuvo que retirar el 80% de sus contenidos, más de diez millones de vídeos sobre los que no tenía ningún control. Es un hecho que los contenidos pedófilos, violentos e ilegales proliferan libremente en Internet, con el riesgo evidente de “normalizar” comportamientos delictivos y gravemente perturbadores.

de la vida no vista y, por tanto, perdida. El coleccionismo de archivos, la compulsión por descargar nuevas imágenes que se consumen antes de que puedan evocar emociones, mantienen una carga excitatoria que reemplaza la necesaria ausencia de emociones (Schinaia, 2022).

Marino Milella (2001) en la presentación de *Pedofilia Pedofilie* en Pádua, propone:

Una imagen externa, un “paisaje” propuesto a nivel icónico o genéricamente representativo puede a veces asumir una función organizativa respecto a los empujes de la sexualización indiferenciada (...) Sobre la sexualización límite, caótica como la personalidad subyacente y desorganizada en islas de agregación psíquica, la extensa cantidad de imágenes propuestas por los medios, y sobre todo las pornográficas, distribuidas con evidente intención captatoria a través de internet, pueden hacer de catalizador de un escenario interno erotizado pseudointegrador. La posible y sucesiva pretensión de obligar a la realidad externa a homologarse con ese escenario interno puede dar pie al escenario perverso, constituyendo al mismo tiempo una especie de dique de contención frente a una extensa pérdida de la misma realidad, como ocurriría en la descompensación psicótica. Lo externo, en otras palabras, podría proporcionar representabilidad específica a esfuerzos desorganizados en busca de una agregación representativa.

Las argumentaciones de Milella me parecen convincentes, y creo que son extensibles a todas aquellas formas de violencia televisiva, pero también de comunicación a través de la web, que puedan inducir a actitudes y comportamientos de emulación, en las que la imitación por sí misma no puede ser suficiente para explicar la intensa adhesión identificativa que a menudo está presente.

Un estudio realizado en 2010 por la empresa de investigación de mercados y consultoría Ipsos para la asociación Save The Children sobre Sexualidad e Internet, *Los comportamientos de los adolescentes italianos*, muestra que el 8% de los adolescentes italianos que navegan por Internet admiten que envían imágenes en las que aparecen desnudos o en poses sensuales. La mitad de ellos son jóvenes entre los doce y los catorce años, y la otra mitad entre quince y diecisiete. Pero en realidad el porcentaje debe ser aún mayor. El 22% de la muestra examinada reconoce que se trata de una práctica extendida entre sus amigos y coetáneos, y cuando se les pregunta a qué edad mandaron el primer mensaje subido de tono, el 47% reconoce que lo hizo entre los diez y los catorce años, y los demás de quince en adelante.

Estas modalidades de exhibición de sus propios cuerpos en la red, relacionadas con la necesidad de reconocimiento y afirmación propia de la incierta edad de la preadolescencia y la adolescencia, han favorecido el creciente fenómeno de la pedopornografía digital. Para reducir el riesgo de la captación seductiva de los menores en la red, a través de ofertas perversas disfrazadas de amor, no basta con que los padres activen los procedimientos tecnológicos de control parental en los móviles y ordenadores de sus hijos, sino que es absolutamente necesario un diálogo continuo y sincero con ellos para reforzar su identidad y su confianza en sí mismos.

Dichas argumentaciones deben ser sin embargo dialectizadas, es decir

asumidas en oscilación con un fenómeno de signo opuesto. Algunos, por ejemplo, sostienen que la contemplación de vídeos con escenas de sexo pedófilo podría servir para dejar de lado la violencia y frenar posibles pasos hacia el acto, a través del consumo voyeurísticamente pasivo del sexo virtual, que saturaría los requerimientos pulsionales, despotenciándolos. Estas consideraciones, sin embargo, no tienen en cuenta el riesgo de que la pedopornografía pueda, por un lado, alimentar el mercado perverso de las imágenes de desnudos infantiles, y por otro pueda ser la antesala de fenómenos de pedofilia activa, como ha sucedido a menudo.

Como ocurre a menudo, nos encontramos frente a fenómenos complejos, que sólo se pueden descifrar si se toma en consideración la coexistencia de mecanismos no unívocamente direccionados y en continua oscilación entre ellos, que deben ser observados en profundidad en las situaciones clínicas específicas.

### c) **Sobre los curas pedófilos**

Después de años de ocultación oficial del fenómeno de la pedofilia en las instituciones eclesíásticas<sup>6</sup>, pese a que existieran diversas denuncias y alguna condena, como se puede comprobar en documentos históricos y en las hemerotecas, se asiste ahora al fenómeno inverso, el de la demonización de este fenómeno, con su correlativo escándalo periodístico, como resulta evidente en la gran difusión que las noticias sobre curas pedófilos americanos han tenido en los medios. En realidad, no todos los medios de comunicación han adoptado tonos sensacionalistas, como demuestra la rigurosa investigación periodística llevada a cabo por el “Boston Globe” sobre el encubrimiento de los abusos perpetrados por curas pedófilos por parte del cardenal Bernard Law, arzobispo de Boston (sobre este asunto se basó en el año 2015 la película *Spotlight*, de Tom McCarthy<sup>7</sup>).

De hecho, en los últimos tiempos, a medida que han ido apareciendo graves y reiterados comportamientos pedófilos en instituciones católicas de EEUU, Brasil, Australia, Irlanda, Holanda, Austria, Suiza, Alemania, Italia y Bélgica, han aumentado las investigaciones periodísticas para profundizar con seriedad en el fenómeno y sus raíces. El libro *Predatory Priests, silence victims: The sexual abuse crisis and the Catholic Church* (2007), elaborado en colaboración por Mary Gail Frawley-O’ Dea y Virginia Goldner, explora la realidad de los abusos en toda su perturbadora complejidad, yendo a profundizar en las vidas de las víctimas, de quienes perpetran los abusos, de quienes hacen de “testigos silenciosos” (familiares, curas, la comunidad en su conjunto), a través de diferentes contribuciones de psicoanalistas, miembros del clero, historiadores y estudiosos de las sagradas escrituras. Vaticano Pedofilia (2010) de Luca Pollini narra los hechos, recoge los documentos oficiales y los artículos de prensa internacional que han llevado a la Iglesia Católica a reconocer sus graves

---

<sup>6</sup> El historiador Jacques Chiffolleau (2010) considera que la ocultación del fenómeno pedofilia por las instituciones eclesíásticas se origina a mediados del siglo XII, con dos cánones glosados por Giovanni Teutonico con la fórmula *Ecclesia de occultis non iudicat* (La justicia de la Iglesia no se ocupa de culpas ocultas) que referían infracciones de clérigos contra la promesa de castidad. Si las culpas de los clérigos no se hacían públicas, la purgación podía permanecer secreta evitando el escándalo. Escribe Adriano Proserpi (2010, p. 45): “Se produce aquí el nacimiento de una preocupación por parte del poder eclesíástico que influenciará a lo largo de los siglos la forma de tratar las culpas del clero. En todos los casos se mantuvieron en la sombra del secreto, para evitar el clamor del juicio público o la humillación de la penitencia pública.”

<sup>7</sup> NdT.: *Spotlight* (2015) se estrenó en la mayor parte de los países hispanoamericanos con el título de “*En primera plana*”.

responsabilidades<sup>8</sup>.

En una carta a los sacerdotes católicos del mundo entero, el papa Juan Pablo II había revestido de palabras de fuego el delito de pedofilia, en respuesta a las fuertes acusaciones que amenazaban con minar profundamente las instituciones eclesíásticas, sobre todo en los Estados Unidos. Benedicto XVI, en su viaje a los Estados Unidos en 2008, se ha mostrado igualmente firme en la condena de la pedofilia que tenga que ver con el clero católico, pero tampoco él ha propuesto ninguna reflexión sobre cuáles pueden ser las causas de tal fenómeno, ni ha tratado de comprender su especificidad dentro de las instituciones religiosas respecto a otras instituciones educativas y deportivas en las que a diario se produce un estrecho contacto entre adultos y niños. Entrevistado por el periódico La Repubblica sobre por qué personas consagradas se ensucian con delitos tan execrables, el cardenal alemán Walter Kasper responde genéricamente: “Sí, se trata de delitos execrables, imperdonables, que han de ser perseguidos con firmeza absoluta. Es un mal que se ha enquistado en la sociedad en general y también en la Iglesia que, como sabemos, no es inmune a los pecados” (La Rocca, 2010). Un estudio estadístico ordenado por el gobierno irlandés, que duró diez años, concluyó en mayo de 2009 con una voluminosa relación en la que se incluyen testimonios e investigaciones sobre 216 institutos religiosos por los que, entre 1914 y el 2000, han pasado 35.000 menores. El 90% de los testimonios han asegurado haber padecido violencia física, y la mitad han reconocido haber sufrido abusos sexuales. (Franceschini, 2010). A pesar de lo ya dramático de estos datos, Kathleen O’Malley (2005), una de las víctimas, en su libro *Childhood Interrupted*, asegura que es sólo la punta del iceberg. En Italia ha habido varias denuncias aisladas de abusos sexuales a menores perpetrados por eclesíásticos, pero el fenómeno no ha llegado a adquirir las dimensiones de un verdadero problema social, como ha sucedido en otros países.

En Italia se han registrado muchas denuncias aisladas de abusos sexuales a menores por parte de sacerdotes, pero aunque el fenómeno es muy significativo, parece estar contenido, no habiendo adquirido aún las características de un verdadero problema social como en muchos países.

A pesar los numerosos curas investigados y condenados en varias regiones italianas, se asiste a una tendencia a la aquiescencia, en la que parecen involucrarse las víctimas, las familias de los creyentes, las jerarquías eclesíásticas e incluso una parte de los medios (Fittipaldi 2017).

Paolo Cendon (2016) relata la historia de Anna, una niña de ocho años que,

---

<sup>8</sup> Según las *Líneas maestras para los casos de abuso sexual relacionados con menores*, de la Conferencia Episcopal Italiana (2012), los obispos no están obligados a denunciar a un cura pedófilo frente a la autoridad judicial del Estado. Pueden recomendar a la víctima que lo denuncie, pero está bien que no vayan más allá. En el documento se cita el artículo 200 del Código de Procedimiento Penal italiano, sobre el secreto profesional, según el cual un obispo no se considera funcionario público y por tanto está exento de la obligación de testificar y aportar documentación sobre cuestiones conocidas en función de su ministerio, y su “archivo secreto” es inviolable. En palabras de Corrado Augias (2012): “Un irreprochable documento jurídico en el que no aparece por ninguna parte la cualidad cristiana que debería sobresalir entre todas, es decir la caridad”. Estas normas, por decirlo suavemente, dignas de Pilatos, derivadas del mito constantiniano del foro eclesíástico, han suscitado muchas críticas dentro de las jerarquías católicas. La Congregación para la Doctrina de la Fe (ex Santo Oficio) las ha calificado como ligeras en exceso y poco incisivas, y ha considerado que van en dirección contraria a la tendencia a la “tolerancia cero” puesta en marcha en otros países, como Francia e Inglaterra, donde los obispos están obligados a informar a las autoridades civiles, de forma preventiva, sobre las investigaciones que se inicien en sus diócesis.

después de hacer su primera comunión, acepta la proposición de un “recorrido” religioso que le plantea un cura de veintiséis años, que la violará durante cinco años en una de las estancias de la casa parroquial. Después de un periodo de represión, a la edad de veinte años Anna emprende una psicoterapia que favorecerá la recuperación de su memoria y que llevará, con el tiempo, a la denuncia del cura, que será condenado, así como la Iglesia local.

El Papa Francisco no sólo ha reiterado, en la jornada que dedicó a los menores víctimas de abusos (celebrada el 5 de mayo de 2013) su intención de proteger a los menores y de enfrentarse con decisión a los abusos del clero, sino que, concretamente, ha ordenado el alejamiento de la diócesis de Edimburgo del cardenal O’Brien, acusado de la violación de algunos jóvenes seminaristas, invitándole a un largo período de renovación espiritual, oración y penitencia. En el año 2015, el papa Francisco intentó dar un nuevo impulso a la política de la Santa Sede contra la pedofilia con la creación de un departamento judicial, dentro de la Congregación para la Doctrina de la Fe, para procesar rápidamente a los obispos que hayan encubierto las denuncias contra religiosos acusados de haber cometido abusos sexuales contra menores, definidos como *acta contra sextum* («actos contra el sexto mandamiento»), instituyendo además el cargo de acusación de abuso de oficio episcopal, que no estaba previsto entre los *delicta graviora* («delitos más graves») en los que podía incurrir el clero.

Lucetta Scaraffia (2022) señala, sin embargo, que el derecho canónico considera el abuso como una transgresión del Sexto Mandamiento, sin tener en cuenta los efectos del acto y sus consecuencias para las víctimas. En consecuencia, examina el abuso sexual sólo desde el ángulo del pecado y no como un delito cometido contra una persona más vulnerable.

En el año 2017, al recibir a los miembros de la Comisión para la Tutela de los Menores, Francisco ha denunciado el retraso con el que la Iglesia ha tomado conciencia del fenómeno de la pedofilia, declarando que nunca otorgará la gracia a los curas culpables de abusar de menores. También ha establecido que no se concederán recursos de segundo grado si se prueban los abusos en una primera instancia, y que se pondrá fin a la práctica de desplazar a un cura pedófilo de una diócesis a otra. Además, ha prometido dotar de más personal a la Congregación para la Doctrina de la Fe, para agilizar los procesos. En ese mismo año, y también en contra de la opinión de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica, se ha expuesto con valentía al escribir el prólogo del libro de Daniel Pittet (2017), que relata los abusos sexuales a los que le sometió un cura entre los ocho y los doce años de edad. La pedofilia es definida por el papa Francisco como una absoluta monstruosidad, un pecado espantoso, por el que pide perdón en nombre de toda la iglesia católica.

Testimonios como el suyo -escribe el papa (2017, pp. 10-11)- hacen caer el muro de silencio que ahogaba los escándalos y los sufrimientos, y proyectan la luz sobre una terrible zona de sombra en la vida de la iglesia. Abren el camino a una justa reparación (...) y ayudan asimismo a los pederastas a tomar conciencia de las terribles consecuencias de sus actos.

Pittet reafirma su fe, y añade que no ha perdido la confianza en los hombres y en la Iglesia, a pesar de las mentiras y los encubrimientos que se sucedieron tras los

abusos.

En sus delicadas pero impactantes memorias, *Prière de ne pas abuser* (2021), Patrick C. Goujon, reconstruyendo su historia judicial, cuenta que en 2015, con 48 años, era profesor en el Centre Sèvres, la facultad jesuita de París. Amaba su trabajo y se sentía a gusto en su vida de sacerdote católico. Lo único que tenía era un dolor persistente desde la infancia, que desconcertaba a los médicos. Hasta que una tarde de otoño, de la nada, se dio cuenta de que un sacerdote había abusado sexualmente de él de niño. Durante años, su memoria parece no haber conservado ningún rastro de estas agresiones. Para explicar estos años de amnesia, el autor no habla de olvido, sino de negación. Pero el cuerpo es testarudo. Y el dolor le ayudó a comprender. Tras la súbita avalancha de recuerdos llegó la duda -¿son reales? - luego la vergüenza y finalmente la culpabilidad, pero para hacer justicia al niño herido, el hombre decidió hablar de los abusos, reflexionando sobre el significado de las creencias religiosas a la luz de lo sucedido.

También el cardenal Gerhard Ludwig Müller (2016) que ha sido prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y es considerado un conservador, subraya la obligación que tiene el obispo, o el sacerdote, al que informan de un caso de abusos sexuales a menores, primero de sugerir a las víctimas que denuncien el abuso a las autoridades competentes, y además de obligar a los acusados a que ellos mismos se autoinculpen para evitar las reincidencias.

Parece, sin embargo, que estas afirmaciones pueden desmentirse por el informe del abogado Ulrich Weber, que denuncia los abusos físicos cometidos, entre 1945 y 1992, por cuarenta y nueve educadores sobre ciento cuarenta y siete niños (en setenta y siete casos se trataba de abusos sexuales) del coro de voces blancas de Ratisbona (Regensburger Domspatzen), que fue dirigido durante treinta años por Georg Ratzinger, hermano de Benedicto XVI, y de cuya diócesis ha sido obispo el propio cardenal Müller. En 2017 se ha publicado la autobiografía de uno de estos "abusados por la iglesia", Alexander Probst. En la portada del libro se puede ver una foto del autor, cuando era un niño -tomada durante los años en que sufrió abusos- mientras sonríe, tímido, vestido con el hábito tradicional, blanco y rojo, del coro más famoso de Alemania.

A pesar de los intentos, por parte de las autoridades eclesiásticas, de enfrentarse de forma tajante al problema de la pedofilia, el Comité de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño, presidido por la jurista noruega Kirsten Sandberg, en su Informe sobre los Derechos del Niño del 5 de febrero de 2014 exige con notable dureza al Vaticano que todos los prelados implicados en abusos de menores o sospechosos de serlo sean inmediatamente destituidos y entregados a las autoridades civiles, que se deroguen las normas que obligan al silencio y que se establezcan procedimientos claros para que se convierta en obligatoria la denuncia a las fuerzas del orden de todos los casos sospechosos de abuso y explotación de menores. También solicita que se abran los archivos de la Santa Sede y que se compartan los informes relacionados con abusos, poniendo en evidencia que no se ha reconocido la amplitud de los crímenes cometidos y no se han tomado medidas adecuadas para prevenir los abusos y para proteger a los menores víctimas de ellos, asistiéndolos y facilitando su reintegración social. También condena la práctica de trasladar a los responsables de estos abusos de una parroquia a otra, dentro del mismo país, con la finalidad de ocultar sus crímenes y sustraerlos a la justicia.

A pesar de que se han adoptado claros posicionamientos, y de las consiguientes decisiones administrativas que ha puesto en marcha el Vaticano, el periodista Emiliano Fittipaldi (2017) denuncia que tres cardenales que han protegido a sacerdotes pedófilos han sido ascendidos al C9, el grupo de nueve altos prelados que asisten al papa Francisco en el gobierno de la Iglesia, y que muchos obispos encubridores han sido premiados con cargos importantes, o se les ha concedido la gracia en sentencias canónicas discutibles. Además, el periodista, citando fuentes internas de la Congregación para la Doctrina de la Fe, señala que entre 2013 y 2015 han llegado, procedentes de las diócesis repartidas por todo el mundo, hasta 1.200 denuncias de casos “verosímiles” de abusos de menores cometidos por religiosos. Esta cifra es casi el doble que la registrada entre 2005 y 2009.

Gianluigi Nuzzi (2017) denuncia que la tolerancia de las jerarquías eclesásticas con los sacerdotes abusadores se sigue manteniendo, y aporta el testimonio de un joven polaco (citado con nombre, apellidos y copia de la denuncia), que entró a los doce años en el preseminario San Pio X, en el Palacio de San Carlo, en Roma, donde las diócesis suelen enviar a los chavales que manifiestan una predisposición para el sacerdocio (y que pueden participar como monaguillos en las funciones religiosas de la basílica de San Pedro). En este lugar, el joven asegura haber sufrido abusos que intentó denunciar, inútilmente, a sus superiores. Al único que echaron, señala el periodista, fue al monaguillo que había denunciado a quien abusaba de él y de su compañero de habitación.

Las denuncias de Fittipaldi y Nuzzi sobre los retrasos del Vaticano a la hora de enfrentarse, de forma concreta y eficaz, a los casos de pedofilia se han visto confirmadas por una serie de dimisiones en la Comisión pontificia para la Tutela de los Menores: en 2016 la abandonó el inglés Peter Saunders, que sufrió abusos cuando era un niño, y en 2017 la irlandesa Marie Collins, también víctima, de niña, de los abusos de un sacerdote. Esta última criticó de forma explícita las actividades de la Comisión, e indirectamente a la Congregación para la Doctrina de la Fe por no haber emprendido actuaciones más allá de las declaraciones públicas, y comentó en Twitter que “Se han verificado continuos contratiempos debidos directamente a la resistencia de algunos miembros de la Curia Romana. La falta de cooperación, especialmente por parte del dicasterio más directamente implicado en la gestión de los casos de abuso, ha sido vergonzosa”. En 2018 dimitió también la psiquiatra infantil francesa Catherine Bonnet, después de que la mayoría de los miembros de la Comisión no admitiera sus propuestas sobre la obligatoriedad de denunciar a los sospechosos de abusos ante las autoridades civiles, incluso en los países que, como Italia, no contemplan en su legislación vigente esta obligación (que sí está presente en Estados Unidos), y sobre la retirada del secreto de las actas para permitir que las víctimas accedan a ellas.

En su informe final (2021), la Comisión Independiente sobre los Abusos Sexuales en la Iglesia de 1950 a 2020 (CIASE), creada por iniciativa de la Iglesia católica en Francia, reporta que el número de víctimas menores de edad de clérigos y religiosos en la población francesa mayor de 18 años se estima en unas 216.000 personas. Aunque esta violencia disminuyó inicialmente en términos absolutos y relativos hasta principios de los años 90, desde entonces ha dejado de disminuir. Con excepción de la familia y los amigos, la Iglesia católica es el entorno donde la prevalencia de la violencia sexual es mayor. Durante mucho tiempo, la principal respuesta de la Iglesia católica a esta lacra fue protegerse a sí misma como institución, y mostró una

indiferencia total e incluso cruel hacia los agredidos. Aunque ha tomado algunas decisiones importantes desde 2000, y más aún en 2016, para prevenir la violencia sexual y afrontarla con eficacia, estas medidas han sido a menudo tardías y se han aplicado de forma desigual. Tomadas como reacción a los acontecimientos, en general han parecido insuficientes. Tras un análisis pormenorizado de todos los factores que, en el seno de la Iglesia católica, han podido favorecer la violencia sexual e impedir su tratamiento eficaz, la comisión ha presentado recomendaciones que abarcan un espectro muy amplio, desde la acogida y la escucha de las víctimas hasta la reforma del derecho canónico, pasando por el reconocimiento de los delitos cometidos, hayan prescrito o no, y la necesaria reparación del daño causado. La comisión ha propuesto medidas sobre cuestiones de teología, eclesiología y moral sexual porque, en estos ámbitos, ciertas interpretaciones o tergiversaciones han favorecido abusos y excesos. También ha hecho propuestas en los ámbitos del gobierno de la Iglesia, la formación del clero, la prevención de abusos y la atención a los abusadores. Ante tantas tragedias antiguas y recientes, la comisión ha considerado que no se puede "pasar página". El futuro no puede construirse negando o enterrando estas dolorosas realidades, sino reconociéndolas y afrontándolas.

La película de François Ozon *Gracias a Dios* (2019) cuenta la historia de Alexandre, que en el año 2014 decidió denunciar los abusos que había sufrido veinte años antes por parte de un cura de Lyon, Bernard Preynat. Alexandre se opone a la consideración del abuso sexual como pecado contra el sexto mandamiento y, contra la retórica del perdón propuesta por el arzobispo de Lyon, pide el reconocimiento de la culpa y una pena para el abusador.

El libro *Peccato o crimine. La Chiesa di fronte alla pedofilia* (2021), de Francesco Benigno y Vincenzo Lavenia vuelve a insistir en la desconfianza y la ambivalencia de la Iglesia hacia la justicia terrenal, a pesar de los avances de los últimos años.

Giovanni Valentini (2010) cita entre las causas de los abusos sexuales a menores por parte de curas la moral sexofóbica de la Iglesia Católica, la demonización de la homosexualidad, la exclusión de la mujer de la administración de los sacramentos, la obligación del celibato y la castidad impuesta a los sacerdotes.

Lucetta Scaraffia (2010) atribuye la permisividad con los fenómenos de abusos sexuales a menores a la no relevante presencia femenina en el mundo católico junto a los sacerdotes.

En las dolorosas y vergonzosas situaciones en las que salen a la luz molestias y abusos sexuales cometidos por miembros de la iglesia sobre jóvenes que les han sido confiados, podemos plantear la hipótesis de que una mayor presencia femenina, no subordinada, habría podido rasgar el velo de la "ley del silencio" masculina que a menudo, en el pasado, ha acallado las denuncias de los delitos. Las mujeres, tanto las religiosas como las laicas, estarían más inclinadas, por naturaleza, a la defensa de los jóvenes en caso de abusos sexuales, y habrían podido evitar el grave daño que estas actitudes culpables han causado a la Iglesia.

La presencia del tercio femenino, en este caso no la ley paterna de Jacques Lacan, sino la mediación materna, llevaría a la modulación y la reformulación en términos relacionales de las pulsiones de apoderamiento del adulto varón y evitaría que las relaciones cura-muchacho se deslizaran hacia la adhesividad seductiva, fruto de un exceso de paternidad idealizada que está presente en la investidura narcisista. Lucetta Scaraffia cita a Daniele Comboni, organizador de las misiones cristianas en lo

que hoy es Sudán y fundador de la orden de los padres combonianos. El gran misionero, que fue beatificado por el papa Juan Pablo II, tenía, ya en la segunda mitad del siglo XIX, un punto de vista clarividente sobre el papel de las mujeres junto a los sacerdotes. Comboni estaba convencido de que la presencia de mujeres occidentales, junto a la de los misioneros, les habría ayudado a mantener un comportamiento correcto, y sobre todo les habría impedido de romper el voto de castidad, peligro no infrecuente en lugares aislados, donde la promiscuidad sexual, y especialmente la autoridad ejercida sobre mujeres y muchachos, hacían que la tentación no fuera improbable.

Aunque se planteaba en términos hipotéticos, esta postura apareció en la primera página de *L' Osservatore Romano*, y parece sugerir una apertura, no sólo desde el punto de vista teórico, a la necesidad de una mayor presencia femenina en la Iglesia, que se considera con razón débil y poco significativa, relegada a funciones subalternas y fundamentalmente servil en relación con el hombre.

En el seno del clero católico se están levantando voces en defensa de que el celibato de los curas sea una elección personal y no una obligación, basándose en que es una regla impuesta por la Iglesia sólo a su componente latina y no a la oriental. Escribe el teólogo disidente Hans Küng (2010): "Es indiscutible que los abusos sexuales se producen también en el seno de las familias, en los colegios, en asociaciones y también en iglesias en que no rige la regla del celibato. Pero, ¿cómo se explica que se hayan registrado en masa precisamente en la Iglesia Católica, sometida a dicha regla?" El Nuevo Testamento no establece una relación de obligatoriedad entre ministerio sacerdotal y celibato. El celibato de los curas, y especialmente la socialización que lo prepara (la mayoría de las veces en las convivencias y después en los seminarios) puede favorecer la clandestinidad del desahogo sexual y, por tanto, aunque sea indirectamente, la proliferación de actitudes y conductas pedófilas. El 15 de diciembre de 2014 se publicó en Australia el informe del Truth, Justice and Healing Council, promovido por cinco de las diócesis más importantes del país, según el cual el voto de celibato puede haber contribuido a favorecer los abusos sexuales a menores por parte del clero. Existen algunas voces, dentro del mundo católico, que proponen convertir el celibato en voluntario, y ampliar el acceso al sacerdocio para los viri probati, hombres casados de una cierta edad y de fe contrastada, y por tanto con una adecuada madurez psicoafectiva. Una monja canadiense, Marie-Paul Ross (2011), que imparte la asignatura de Sexología Clínica en la Université Laval de Quebec City, sostiene que sólo una buena educación sexual permite determinar una elección consciente del celibato, que no puede vivirse como una imposición, porque esto llevaría a favorecer tendencias perversas.

El psicoterapeuta americano A.W.R. Sipe (1990; 2004; 2007) ha identificado formas específicas de inhibición del desarrollo psicosexual en la vida célibe que se lleva en el seno de las instituciones de formación católicas, y que a menudo se manifiestan en forma de expresión pedófila después de la ordenación sacerdotal.

Efectivamente, se ha constatado una relación entre mayor libertad sexual en las relaciones adultas y reducción de los comportamientos pedófilos, si bien es cierto que dicha tendencia no puede ser considerada unívocamente, en cuanto el fenómeno pedofilia tiene mucho que ver también con la degradación consumista a la que ha conducido la libertad sexual en los últimos tiempos.

Creo, sin embargo, que la presencia de actitudes pedófilas, de diferente

naturaleza y entidad, en una parte del clero tiene una peculiaridad propia, y está relacionada con la específica función paterna vicaria de los sacerdotes y con la tendencia a la absolutización característica de la iglesia católica. Denis Diderot en *La Religiosa* (1760) ha puesto en evidencia de forma admirable algunas modalidades de capricho narcisista típicas de quien detenta el poder absoluto dentro de una comunidad institucional. La madre superiora de un convento es descrita así por la joven novicia protagonista de la novela, que es además objeto de sus atenciones sexuales<sup>9</sup>: “No es agradable esta clase de mujeres; una no sabe nunca lo que les gustará o molestará, lo que hay que hacer o evitar; no hay nada regulado; o se vive en abundancia, o muere una de hambre; la economía de la casa no marcha bien, las advertencias se toman a mal o son desatendidas; siempre se está o demasiado cerca o demasiado lejos de tales superiores; no existe una auténtica distancia, ni medida; pásase de la desgracia al favor, y del favor a la desgracia, sin saber por qué” (Diderot, 1760, p. 90”).

Se ha establecido una relación entre una mayor libertad sexual en las relaciones adultas y una reducción de los comportamientos pedófilos, aunque esta tendencia no puede leerse de forma inequívoca, ya que el fenómeno de la pedofilia también está vinculado a la degradación consumista que ha afectado recientemente a la libertad sexual. Sin embargo, creo que la presencia de comportamientos pedófilos de diversa índole en un sector del clero tiene su propia peculiaridad y debe vincularse al específico papel de padre vicario que desempeñan los sacerdotes y a una tendencia al absolutismo intrínseca a la propia religión católica.

Henry de Montherlant escribe en 1967 el drama *La ville dont le prince est un enfant* (la ciudad cuyo príncipe es un niño). En la obra desarrolla el tema de las “amistades especiales” en los colegios religiosos, que ya se había tratado anteriormente, a veces con complacencia, a veces con ironía, o, al contrario, con furia moralizadora. Montherlant decide escribir la historia de amor entre un adolescente de dieciséis años y otro de catorce, y la entrelaza con las atenciones apasionadas de un sacerdote hacia el menor de ellos, con la consiguiente competencia con el otro muchacho y con la intervención del Superior, que en su papel de autoridad interrumpe ese imposible triángulo amoroso. El título del drama está sacado de un verso del *Eclesiastés*: “Maldita la ciudad de la que el príncipe es un niño”. En este texto encontramos por un lado la desvalorización del mundo emocional infantil y la vuelta a la tendencia al vicio, intrínseca a la naturaleza humana, y por otro lado una sobrevaloración del control racional adulto, que encontraremos en el pensamiento de muchos teólogos católicos. Además, se subraya con vehemencia el riesgo de la infantolatría, de la idolatría dirigida hacia el niño, en un mundo en el que el adulto es eternamente niño.

Cuando el cuidado del niño se transforma perversamente en idolatría pasional, en nombre de la pureza de las atenciones y de lo absoluto del intento educativo, el riesgo de caer en actos pedófilos es elevado.

Dice el sacerdote educador a Sevrans, el adolescente: “Cuando pensaba en vos me decía que os entendía como si fuerais mi hijo, o mejor dicho, teniendo en cuenta

---

<sup>9</sup> La protagonista no obedece a las características de docilidad de Gertudre, la monja de Monza de la célebre novela *Los Novios*, de Alessandro Manzoni. Por el contrario, exhibirá siempre rasgos de rebeldía, aun cuando no obtendrán resultados positivos, porque cuando al fin sale del convento se verá abocada a trabajar como planchadora.

mi experiencia en relaciones padre-hijo, sin duda mucho mejor que si fuerais hijo mío.”(p. 29)<sup>10</sup>

Kochansky y Cohen (2007) relacionan el narcisismo que a menudo caracteriza a los curas, con una especie de auto-selección de hombres que optan por el sacerdocio para neutralizar sentimientos de inadecuación, impotencia e inferioridad a través de un rol social que los empuja a sentirse superiores, especiales, admirados y poderosos. Los autores aclaran:

El papel desempeñado en las biografías de estos hombres por relaciones con la madre desproporcionadamente intensas, y a menudo erotizadas, además de dolorosas privaciones por parte del padre, como el rechazo afectivo manifestado a través de la distancia o el menosprecio. Se puede plantear la hipótesis de que este tipo de relaciones entre un muchacho y sus padres lleve a menudo a una vulnerabilidad y a defensas de tipo narcisista, que implican representaciones irreales de sí mismos e inestabilidad de la autoestima, con sentimientos subterráneos de inferioridad, deprivación y vergüenza y con el deseo de alcanzar y mantener cierta unicidad y superioridad (2007, p. 54).

Los padres de verdad y su función se ven menospreciados en nombre de una capacidad educativa idealizada desde el narcisismo (Aletti y Galea, 2011), como se deduce también de las siguientes líneas:

Pero Dios creó hombres aún más sensibles que los padres para ocuparse de hijos que no son propios, que no son amados, y casualmente te has encontrado con uno de ellos (Montherlant, 1967, p. 29<sup>11</sup>).

La cuestión de los títulos que deben darse a los ministros de la Iglesia católica plantea interrogantes en la medida en que han podido sembrar la confusión y participar en diversas formas de abuso de poder. Entre estos títulos, el de "padre", así como la función de paternidad espiritual que cubre, está cargado de ambigüedad, en particular para los niños. Jean-Pierre Winter (2022) destaca la inflación de la palabra "padre". Hay sacerdotes ("abba"), obispos, el Papa, pero también los Padres de la Iglesia y Dios Padre: hay padres en todas partes. Esto crea una especie de confusión en la psique. Para Winter, la pedofilia en la Iglesia es más grave que la pedofilia en la escuela o en el deporte, porque se convierte en incesto. La pedofilia en la Iglesia es incestuosa y por eso es tan dramática".

Richard Gartner (2007) también afirma que la violencia del clero es más grave, es decir, incestuosa, porque el sacerdote es concebido como un miembro de la familia,

---

<sup>10</sup> NdT: se ha preferido mantener el usted del diálogo en francés.

<sup>11</sup> La idealización de la función paterna -vicaria- del sacerdote puede encontrar una noble representación en el sacrificio realizado por Maksymilian Maria Kolbe, presbítero y franciscano polaco, que se ofreció para reemplazar a un padre de familia en el llamado "búnker del hambre" en el campo de concentración de Auschwitz. De forma inesperada, se aceptó el cambio, ya que los gestos de solidaridad no eran acogidos con benevolencia. El padre Kolbe fue beatificado en 1971 por el papa Pablo VI, y Juan Pablo II lo proclamó santo en 1982.

en un contexto como el de la Iglesia, donde abundan las nominaciones de parentesco - padre, madre, hermano, hermana-. Este es especialmente el caso de los niños que proceden de entornos familiares problemáticos y buscan en la Iglesia la estabilidad familiar de la que carecen.

El universo familiar y su ser terrenal y finito tienen, así como antítesis una pasión educativa con una pátina absoluta que la distingue de las otras relaciones maestro-alumno, que igualmente encierran el riesgo de la concretización sexual.

No hay sitio para los padres ni para las madres, en todo caso para un tercero que triangule la relación educativa idealizada: “Mejor que no le contéis estas cosas de colegio a vuestra madre, los padres y el colegio son dos mundos diferentes y no hay por qué mezclarlos” (ibid, p. 44).

Andrea Celenza (2004) pone de relieve que las conductas sexuales desviadas del personal religioso tienen lugar en la intersección entre espiritualidad, sexualidad y vivencia incontrastable de omnipotencia. Las relaciones patológicas entre sexualidad y poder a menudo reflejan un rechazo narcisista de algunos fundamentos existenciales, como la diferencia, el límite, la separación y la pérdida. Para quien tiene problemas con la sexualidad y con el poder, y una vulnerabilidad narcisista, las enseñanzas cristianas, la jerarquía de la organización católica y la imposición del celibato pueden constituir el sustrato ideológico sobre el que cimentar soluciones patológicas.

Las fantasías de fusión pueden provocar el colapso de los límites del tiempo, del espacio, de las diferencias generacionales y de la necesaria separación, de modo que prevalezca el triunfo sobre el rival edípico sin competición, agresión y envidia. Si la búsqueda de la contención materna se produce a través de la fusión total con la madre, identificada con la madre Iglesia, y el ideal masculino y omnipotente se viene a situar en las figuras de Jesucristo y Dios, la combinación entre enseñanzas cristianas y jerarquía eclesiástica puede llevar, en algunos casos, a sostener la omnipotencia más que a contrastarla, mientras se ofrece, al mismo tiempo, como vehículo de negación.

El mundo de las relaciones pedófilas, como mucho, puede fluir paralelo al de lo cotidiano, pero no puede ser corroído en su pureza por lo mundano de la familia. Freud (1925) recordaba que se había apropiado desde el principio del viejo dicho de las tres profesiones imposibles (el educar, el curar y el gobernar)<sup>12</sup>.

Tarea imposible la de ser padres -decretaba Freud- y los mejores, en su opinión, son los que son conscientes de esta imposibilidad, capaces de renunciar a la omnipotencia y sabedores de sus propias limitaciones, evitando los daños derivados de la absolutización del rol educativo.

El encuentro entre el sacerdote y el muchacho se alimenta también de la autoridad adulta, igualmente al servicio de la pasión pedófila y muy útil para desembarazarse de la rivalidad con un adolescente para lograr el afecto del otro:

¿Cómo puede formar a otro quien aún no está formado? Nox nocti indicat scientiam: es la noche quien enseña a la noche. El fallo no está en vos, sino en vuestra edad, en vuestro temperamento, en vuestras virtudes tanto como en vuestros defectos (Montherlant,

---

<sup>12</sup> En *Análisis terminable e interminable* (1937, p. 3361) Freud recupera el tema de las profesiones “imposibles”, añadiendo al educar, curar y gobernar la de analizar, en la que también “se está de antemano seguros de que los resultados serán insatisfactorios”.

1967, p. 121).

La construcción de la ideología pedófila se basa en el encuentro entre la pasión infantil, sin límites y sin frenos, y la autoridad otorgada por la edad a los adultos, que se nutre en la competencia dada por la experiencia, con la que el muchacho no puede competir, que le resulta inaccesible por motivos puramente cronológicos. En definitiva, un corazón de niño en el cuerpo y la mente de un adulto, con todas sus prerrogativas de poder. Esta es precisamente la manera en que los pedófilos tienden a describirse a sí mismos, incluso cuando subrayan con fuerza el amor por los niños e infravaloran, hasta negar toda evidencia, la desigualdad de poder entre ambos.

La atracción morbosa del sacerdote hacia el muchacho (“Me divierte seguir vuestras miradas, ver si se detienen en mí. Y no se detienen nunca en mí. En mí nunca”, *ibid*, p. 33) se ve interrumpida desde la autoridad por el Superior, pero no se analizan ni se comprenden sus razones profundas. Incluso la última operación autoritaria y represiva se da claustrofílicamente dentro del universo de concentración del colegio, sin ninguna posibilidad de comunicación con el mundo exterior<sup>13</sup>.

El tema del amor homosexual entre dos alumnos adolescentes, bruscamente interrumpido por el padre superior, que abusa del mayor de los dos y es chantajeado por éste, se trata en una vertiginosa girándula de acontecimientos, pasiones y cambios de identidad en la película *La Mala Educación*, de Pedro Almodóvar (2007).

Los muros que no se quieren profanados -escribe Galimberti (2001)- son los de la institución, pero también los de la interioridad individual, los del rechazo a dar luz a las propias fantasías sexuales, los propios impulsos, las propias tendencias inconexas y al mismo tiempo forzadas a proporcionar a los demás, y quizás también a uno mismo, una imagen aceptable de sí.

En los seminarios, cuando los jóvenes requieren comprensión y profundización en términos de afectividad y sexualidad, la respuesta que obtienen a menudo es una referencia a la Epístola de San Pablo a los Efesios (5,3): Fornicatio autem et omnis

---

<sup>13</sup> Existen institutos religiosos en los que se hacen cargo del cura que ha cometido abusos, proporcionándole ayuda espiritual y psicológica. El peligro de estas actuaciones, en las que el modelo de la comunidad religiosa se superpone al de la comunidad terapéutica, consiste en una excesiva identificación, que puede saturar las posibilidades de tratamiento. En una entrevista concedida a Elena Affinito y Giorgio Ragnoli, de la revista «L'Espresso» (2013), el padre Gianluigi Pastò, superior general de la Congregación de Jesús Sacerdote (padres venturinos), en cuyas estructuras conventuales de Trento e Intra son acogidos religiosos con dificultades psicológicas de varios grados y entidades, se ha mostrado en contra de la reducción al estado de laico de los curas que han cometido abusos sexuales a menores, ya que -afirma- la Iglesia no puede abandonar a sus sacerdotes perdidos. “Estas personas, reducidas al estado laical, pueden seguir reincidiendo en el delito y seguir siendo un problema para la sociedad”. Resulta evidente en estas declaraciones la confusión no resuelta entre los aspectos terapéuticos y los aspectos penales. En el año 2019 el arzobispo de Rávena, Lorenzo Ghizzoni, fue nombrado presidente del Servicio Nacional para la Tutela de los Menores y los Adultos Vulnerables en la Iglesia, entre cuyas funciones está “el estudio y la propuesta de contenidos informativos y formativos, así como de instrumentos operativos para consolidar, en las comunidades eclesiales, una cultura para la tutela de los menores, para reforzar la seguridad de los espacios eclesiales frecuentados por menores, para formar a todos los operadores pastorales y prevenir cualquier forma de abuso”. Monseñor Ghizzoni (en Gualtieri, 2019), ha afirmado que el sacerdote que ha sido declarado culpable de abusos deberá cumplir su pena, pero también emprender un itinerario de recuperación. “La reinserción en la sociedad -señala- es necesaria, porque el aislamiento y la soledad pueden causar reincidencias. Quien ha cometido abusos puede no ser ya un cura, pero también como laico debe poder garantizar el control de sí mismo”.

immondizia nec nominetur in vobis («Que la fornicación o cualquier clase de impureza ni siquiera se mencionen entre vosotros»).

Al mantener el tabú de los sentimientos y del sexo, “que se abordan con alegorías incomprensibles, como eso del “sagrado misterio de la vida” según señala Edoardo Albinati (2016, p. 108), se puede alimentar ese sucedáneo de emociones y afectos que caracteriza a las relaciones perversas pedófilas. En una entrevista, el jesuita alemán Hans Zollner, miembro de la Comisión Pontificia para la Tutela de los Niños, señala que, en el Instituto de Psicología de la Universidad Gregoriana, del que es director desde hace más de cuarenta años, se forman psicólogos y psicoterapeutas que, más adelante, intervienen en el proceso de selección y formación de seminaristas y religiosos. Añade, sin embargo (Rodari, 2014):

No podemos hacernos ilusiones con que cualquier test, o pregunta a lo largo de una entrevista, nos permita detectar, con absoluta certeza, a los posibles abusadores. Se requiere una atención continua a lo largo del proceso formativo, y hace falta el valor, por parte de los superiores, de optar por el descarte de alguno que presente problemas afectivos o de relación.

La prevención y la atención continua pasan también por tomar conciencia de que, en el pasado, la ansiedad por compensar la drástica disminución de vocaciones ha llevado a una peligrosa relajación en la criba de aspirantes durante el itinerario para la selección de futuros sacerdotes. Tras los años de seminario, y ya vestido con el hábito talar, el sacerdote de hoy en día se encuentra solo y perdido, a rendir cuentas con la distancia entre una formación sustancialmente inadecuada y todos los temas conflictivos relacionados con la bioética, las nuevas formas de familia, los nuevos derechos civiles, las nuevas tecnologías, y él también, hombre de su tiempo, se encuentra bajo un continuo bombardeo de mensajes publicitarios, a veces sutilmente subliminales y otras clamorosamente evidentes, cada vez más capaces de cautivar y seducir. Escribe Walter Siti (2017, pp. 11 y 15): “Los curas no tienen historia, su anamnesis psíquica es la vida eterna (...) el cura es un hombre devorado, podado como una viña”.

En mayo de 2018 el papa Francisco ha aceptado la dimisión de treinta y cuatro obispos chilenos, acusados de minimizar la absoluta gravedad de los actos criminales pedófilos, definidos por él como abusos de menores, de poder y de conciencia, llevados a cabo por sacerdotes a los que más tarde se les asignaron posiciones diocesanas o parroquiales que implican un contacto diario y directo con menores. En la carta que escribió el papa a los obispos dimisionarios, y que hizo pública la televisión chilena, puede leerse lo siguiente:

Nunca un individuo o un grupo ilustrado puede pretender ser la totalidad del Pueblo de Dios y menos aún creerse la voz auténtica de su interpretación. (...) [porque esto] termina generando dinámicas de división, separación, círculos cerrados que desembocan en espiritualidades narcisistas y autoritarias en las que, en lugar de evangelizar, lo importante es sentirse especial, diferente de los demás (...) Mesianismos, elitismos, clericalismos, son todos sinónimos de perversión en el ser eclesial.

En ese mismo 2018, ha sido aceptada por el papa, por primera vez, la renuncia al colegio cardenalicio del arzobispo emérito de Washington, Theodore McCarrick, acusado de abusos sexuales. Fue reducido al estado de laico en 2019. En Australia, ese mismo año, una de las figuras más relevantes e influyentes del Vaticano, el cardenal George Pell, fue condenado a un año de cárcel por el delito de pedofilia, y al cardenal arzobispo de Lyon, Philippe Barbarin, se le ha relevado de todas sus funciones y ha sido condenado por encubrir a sacerdotes culpables de abusos sexuales de menores, viéndose forzado a anunciar su dimisión. Por último, el papa ha convocado en febrero de 2019 a los presidentes de las Conferencias Episcopales de todos los países para afrontar, con una modalidad sinodal, la cuestión de la pedofilia en la Iglesia. La reunión concluyó con el anuncio de un motu proprio de Francisco (que entró en vigor en junio) sobre la prevención de abusos sexuales contra los menores y adultos vulnerables. El texto sólo tiene valor jurídico dentro de la Ciudad del Vaticano, pero, en un cierto modo, obliga a adaptarse a todas las Conferencias Episcopales. Entre otras cosas, prevé:

- 1) La publicación, por parte de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de un vademécum que ayude a los obispos a comprender claramente sus deberes y sus cometidos, especialmente en la obligación de denunciar, so pena de ser sancionados.
- 2) Que el delito de abuso sexual de menores sea perseguible de oficio, aún a falta de denuncia, y prevé la destitución de sus cargos de los culpables.
- 3) La creación de centros de protección de menores y para la asistencia terapéutica y psicológica de las víctimas.
- 4) La extensión del plazo de prescripción de estos delitos, que pasa de cuatro a veinte años a partir de la mayoría de edad de las víctimas.
- 5) La institución de un grupo de trabajo de personas cualificadas que ayuden a las conferencias episcopales y a las diócesis que se encuentren en dificultades para enfrentarse a estos problemas y para llevar a cabo las iniciativas necesarias para la protección de los menores.

En mayo de 2019 la asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana aprobó unas líneas maestras para la tutela de los menores, en las que se prevé la “obligación moral” de denunciar a las autoridades civiles a los clérigos y religiosos acusados de pedofilia, siempre que una investigación previa confirme la “verosimilitud” de estas acusaciones.

En *Consapevolezza e purificazione* (AA.VV. 2019), el padre Federico Lombardi da cuenta de la intensidad de los diálogos que han caracterizado la cumbre sobre la pedofilia, poniendo de relieve, junto a la necesidad de reformar la formación del clero, las posturas que rechazan la ecuación homosexualidad-pedofilia, y tomando partido sobre la reverencia automática y el exceso de indulgencia hacia los sacerdotes, y las carencias a la hora de prestar atención a las víctimas de abuso.

Sería oportuno un debate más abierto sobre estos temas, sobre el riesgo de seducción implícito en la actitud educativa y en el contacto continuado con niños o adolescentes, y en su especificidad en el seno del discurso religioso (católico especialmente), evitando el juego de “tuya, mía” entre ocultamiento y demonización, que no ayuda a la comprensión.

A la necesidad de un debate en profundidad parecen quitar importancia las declaraciones de Joseph Ratzinger (2019), en un documento definido como «serie de apuntes», publicado en el periódico alemán «Klerusblatt» (y más tarde en el italiano *Corriere della Sera*). En este artículo, el papa emérito atribuye el incrementum de la pedofilia al colapso de las costumbres, desencadenado por la revolución sexual de 1968, y a la teología posconciliar. Estos dos factores habrían favorecido la disolución del concepto cristiano de moralidad, que además es cuestionado por un extremismo contrario (también violento) sin precedentes, que habría dejado a la Iglesia indefensa frente a los cambios sociales, afectando tanto a la formación de los curas como a sus vidas. En realidad, los abusos sexuales de menores dentro de la Iglesia han sucedido siempre, pero sólo a partir de 1968 han empezado a salir a la luz.

Lo que la Iglesia<sup>14</sup> necesitaría no es este análisis, sustancialmente reaccionario y exculpatorio, sino una mayor atención psicopedagógica centrada en la educación sentimental de los educadores, en la identificación y al reconocimiento de los propios sentimientos, y por tanto de los ajenos, en la posibilidad de sentir la vida en todos sus innumerables matices, y en el conocimiento de las diferencias entre la sexualidad infantil, adolescente y adulta. Habría que programar y poner en marcha una formación específica continua para permitir al clero que conozca y profundice en las temáticas éticas y psicológicas relacionadas con las transformaciones culturales y sociales del mundo contemporáneo. De esta manera, podría constituirse una primera oportunidad para enfrentarse a esa ignorancia relacional de la que a menudo se sirven las relaciones didácticas.

---

<sup>14</sup> Puede que sea -también- para esquivar las críticas dirigidas a Ratzinger, por lo que ese mismo año (2019) Bergoglio y Ratzinger publicaron juntos *No hagáis daño a ninguno de estos pequeños. La voz de Pedro contra la pedofilia*, en la que tratan de enfrentarse al fenómeno con una única voz, aunque sus enfoques sobre las causas sean diferentes.